

CONCETTA LA MAZZA

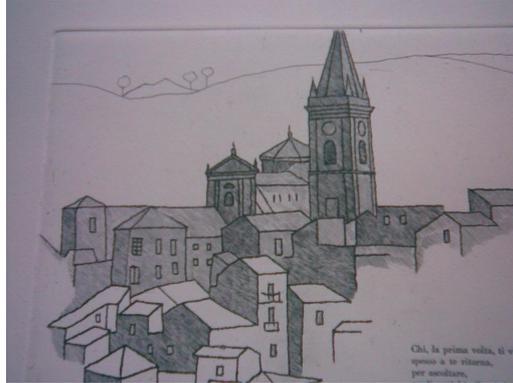
Más allá del cielo azul



Biografía

Concetta La Mazza nació en Novara di Sicilia en 1936, hija mayor de Domenico La Mazza y Teresa Correnti. En 1950, después de un doloroso período de "encomienda" a su tía materna, se reunió con sus padres en Domodossola, donde todavía reside con su marido Giuseppe. Tiene tres hijos: Armando, Luciano y Daniela. Últimamente se ha colado en su mente el deseo abrumador de recordar su infancia en Novara y aquí nace este diario íntimo, personal, pero lleno de anécdotas y referencias al entorno de aquella época: el pueblo, el campo, la gente, las costumbres, tradiciones de ese territorio en los años oscuros de la Segunda Guerra Mundial.

La energía primordial de la escritura.



La pequeña Concetta es confiada a sus tíos y obligada contra su voluntad a vivir en Castrangia, en una choza lejos de la ciudad y de sus compañeros de clase. Así recorre en soledad su personal Via Crucis en los duros años de la guerra entre el hambre, la ignorancia de la época, las supersticiones y los maltratos. Después de la guerra, la inevitable emigración y el naturalmente difícil viaje hacia el norte.

Todo esto es contado a través de la mirada de una niña que revisita en su memoria las fases de su crecimiento y que, con sorprendente frescura y un sutil hilo de ironía, nos brinda el placer de leer -por fin- una historia emblemática de nuestra comunidad familiar, capaz de conmovernos profundamente y que es de cada uno de nosotros.

En esta novela corta de Concetta La Mazza, la escritura subvierte toda regla y vuelve a los orígenes, libre de cualquier esquematismo formal, impulsada por una arcana vitalidad interna, se convierte en un río embravecido que lo arrasa todo, es la lluvia torrencial del alma.

Las figuras de los tíos Antonia y Michele son memorables, como sigue siendo inolvidable la imagen de Novara, tan generosa, envolvente y dulce como dura y dura.

Finalmente, el difícil paso a la adolescencia cuando ocurre lo irreparable, pero la pequeña Concetta no cede al trágico destino, gracias a su coraje y a su esperanza inquebrantable en el futuro, gracias a sus ojos que supieron mirar... más allá del cielo. jazul!

NINO BELVEDERE



"Para mí empezó el calvario. Probablemente era un día caluroso, comenzaba el verano de 1938, yo tenía dos años y mi tía vino a recogerme. En una bolsa de tela metió una blusa y dos calzones, luego sin darse cuenta de todo salí de mi casa. Era tan pequeña que no podía darme cuenta de que ese día comenzaría mi Vía Crucis".

Más allá del cielo azul

Capítulo uno - La casa del padre



Ahora es una vieja ruina deshabitada, asfixiada por las telarañas y roída por las polillas, pero hace mucho tiempo, en Novara, ciudad situada bajo una majestuosa fortaleza en las montañas de Messina, en un callejón del barrio de Engia había una casa cerca la fuente. La puerta de entrada daba a una escalera interior que conducía al primer piso donde había una pequeña habitación con un tablón de madera: era el dormitorio. Subiste las escaleras y allí estaba la cocina, si se le puede llamar así. En un rincón había una losa de piedra sobre la que se encendía el fuego y un trípode de hierro que servía para colocar la olla de pasta. Delante, colgados de la pared, negros como la

brea, una pala de madera, dos cedazos, uno pequeño y otro grande, el horno para cocer el pan, al costado un cofre medio podrido, una mesa, dos furrizzi y unos desvencijados silla. Finalmente había una habitación, con un pequeño balcón que daba al callejón, donde apenas cabía una cama individual. Ese agujero era el reino donde vivía el abuelo, que enviudó en 1934. Debajo de las escaleras se había creado una letrina de piedra con tapa de madera. Como no había alcantarillas, estas últimas debieron servir para reducir el hedor que se desprendía. Naturalmente la casa no tenía agua corriente ni electricidad, comodidades que ni siquiera los barones tenían en aquellos tiempos. Al lado había un portón de madera que conducía a la granja donde se posaban las gallinas sobre la madera.

En este rincón, apartado del mundo, vivía mi madre, que era costurera, con mi abuelo, dos hermanos y una hermana, todos mayores que ella, estaban casados y también vivían en Novara. Mi madre era rubia, delgada, de complexión muy frágil, tenía rasgos muy delicados y lo que más se notaba en su rostro, blanco como la leche, eran dos grandes ojos azules, casi siempre asustados y tristes. Quizás la repentina muerte de su madre, cuando ella tenía veinticuatro años, fue la causa de su fragilidad física y moral.

Unos años después de la muerte de mi abuela, mi madre, gracias a la intervención de una de sus esposas, conoció a su Príncipe Azul. Mi padre pertenecía a una familia noble de Badiavecchia, que regentaba una taberna con estanco y tienda de comestibles. Era una familia de trabajadores y mi padre era, según todos, un hombre muy guapo, alto, moreno, seguro de sí mismo y emprendedor. Vivía en una aldea alejada del pueblo: podía llegar a pie, a buen paso, en media hora. Su padre acarreaba carbón. La madre era una mujer dinámica, por la

mañana fue a Novara con la mula a comprar los productos suministrados en la tienda: tabaco, sal y comestibles. Siempre vestía elegantemente con un gran chal negro al cuello, e incluso compraba el periódico para mantener informados a sus clientes. Era la única tienda del caserío y en aquella casa no faltaba bienestar, aunque había ocho bocas que alimentar.

A última hora de la noche ayudó ostentosamente a los clientes, ya borrachos, y a su cartera, diluyendo el vino con refresco coloreado. Como los hijos no siempre heredan el trabajo de sus padres, mi padre había aprendido el oficio de zapatero. Después de un noviazgo que duró unos meses, mi padre y mi madre, una vez casados, fueron a hacer su nido de amor a la casa cercana a la fuente del barrio de Engia. Exactamente nueve meses después llegué a este mundo y, según una sagrada costumbre sureña, tomé el nombre de mi abuela paterna, Concetta. A pesar de mi tierna edad tenía la piel oscura y arrugada, siempre lloraba. Como no teníamos cuna, mi abuelo se veía obligado a acunarme en sus brazos todo el día, y por las noches yo dormía en la cama grande con mi papá y mi mamá. Según todos los indicios, yo era muy feo e insoportable. Unos meses más tarde, al ver que el trabajo escaseaba en el país, mi padre decidió irse a trabajar a Cerdeña. Cuando partió hacia la otra isla dejó a su madre con el bebé llorando y otra criatura pataleando en su vientre.

Cuando tenía veinte meses nació mi hermana Rosa. El nombre era el de su abuela materna. A diferencia de Concetta, Rosa - también según mi madre - era hermosa, de tez blanca y rosada, cabello castaño que enmarcaba un rostro armonioso adornado con dos hermosos ojos azules: ¡una flor, como su nombre! Tanto es así que cuando mi madre fue a la fuente a buscar agua con Rosa en brazos, sus amigas le preguntaron cómo era posible dar

a luz a dos hijas completamente diferentes. - Ésta, Rusina, sí, estabas billiaca, pero la otra... - Ésta, Rosina, es hermosa, pero la otra... dijeron las amigas con una mueca en los labios. Mientras tanto, en esta situación yo seguía inquieto, como si intuyera el presentimiento de mi terrible experiencia, que, gracias a Dios, pude soportar, aunque no con resignación.

Para contar el resto de la historia, primero debo presentaros a mi tía Antonia, en definitiva, zì 'Ntuoia. Ella era la hermana mayor de mi madre, había diecisiete años de diferencia entre ambas. Era una mujer baja y regordeta, con el pelo sucio cayendo sobre sus ojos. Su rostro descuidado parecía mayor de lo que era y en su mirada vacía había mucha humillación. A los veinte años, en aquel momento la edad para casarse, se casó con su prima hermana, que acababa de regresar del trabajo en el túnel Sempione, que había enviudado y tenía un hijo de tres años. Este hombre, mi tío Michele, tío Micheri, era un hombre bajo y parecía la copia plebeya del rey Vittorio Emanuele III, vivía en una casa de su propiedad en una calle muy característica del pueblo con escalones de casi dos metros de ancho. Era una casa hermosa. En la planta baja estaba la carpintería con un gran mostrador central con un tornillo de banco, dos armarios de pared donde guardaba escofinas, cinceles, barrenas, gubias y barrenas, un torno para redondear las patas de las mesas que construía, una muela que servía para afilar aviones y cuchillas, una estufa de leña con un cazo para licuar el pegamento, tablas apiladas por todos lados, unas cuantas sierras pegadas a la pared, algunos amuletos como herraduras, cuernos de chivo y pieles de tortuga, en fin, uno de esos lugares que ahora pertenecen sólo al mundo de los recuerdos.

Una escalera de madera conducía al primer piso, donde había dos amplios salones con azulejos de cerámica, un lujo en

aquellos tiempos, un aparador hecho por mi tío, un sofá, una mesa y unas sillas tejidas con rafia, una especie de cuerda vegetal. Desde el pequeño balcón que daba a la calle, a mediados de agosto, cuando la procesión de la Asunción ascendía hacia la Abadía, se podía tocar con la mano la cabeza coronada de la Virgen. Desde el segundo piso, sin embargo, se veía Rocca Salvatesta y delante, a través de una rendija entre las casas, se podía admirar el espléndido paisaje de las montañas que lentamente se extendían más allá, más allá del cielo azul, hasta llegar al mar donde, especialmente En los días frescos de primavera, cuando no había niebla, se podía ver Vulcano en el borde del horizonte y luego Lipari, Stromboli y todas las demás islas: un espectáculo natural, una postal multicolor y centelleante.

Otra escalera subía al primer piso, donde se encontraban la cocina y el dormitorio, el primero muy espacioso estaba equipado con un horno de leña para el pan y una estufa de carbón de hierro fundido para cocinar. Sin duda era una casa hermosa, aparte del inconveniente de la cocina sin fregadero con desagüe para realizar las tareas domésticas más imprescindibles. En aquella época algunas comodidades todavía eran inconcebibles. De hecho, el agua se tomaba de la fuente pública en una tolva de zinc y luego se conducía al segundo piso donde se vertía en una gran palangana de terracota para lavar los platos. Como no había desagüe en el lavabo, el agua del lavabo era devuelta a la planta baja y arrojada al inodoro. Para una mujer era un trabajo muy agotador. La condición servil y humillante, al límite de toda resistencia humana, alcanzó su punto máximo a la hora de la cena, cuando la tía Antonia, por respeto a su marido, tuvo que comer del mismo plato en el que antes había comido él y, tal vez, el ahijado. Repetí lo mismo,

pero no tengo un recuerdo claro de esto.

El tío Michele era un hombre moreno y gruñón, tan trabajador como tonto, tenía un mazo de arenisca en lugar de corazón. Nunca he visto en sus ojos un atisbo de ternura o compasión hacia los demás. Mantenía a su tía en casa para cuidar a su hijo, tenía que prepararle la comida, hacerle de sirvienta y decir siempre sí, sí, sí. Ni siquiera podía mirar al balcón, de lo contrario habría problemas, y casi todas las noches, después del trabajo, iba a la taberna con sus amigos a beber.

Regresó a casa tambaleándose, empapado en sudor y con un aliento tan apestoso que era imposible estar cerca de él. En cambio, mi tía, junto a la luz del petróleo, lo esperó hasta altas horas de la noche sin siquiera comer. Cuando el pequeño rey regresaba, muchas veces ni siquiera tenía fuerzas para subir las escaleras, exhausto, se abandonaba en el polvoriento banco de trabajo y permanecía allí toda la noche para recuperar la sobriedad. La tía Antonia, a pesar de todo, lo cubrió con un abrigo y se sentó con cariño a su lado para cuidarlo hasta la mañana. Así pasaron los años y, a cambio de tanta devoción, ella ni siquiera podía ir a visitar a sus familiares para evitar escenas. Él, celoso, mezquino y dominante, fue a comprarle hilo de zurcir, peines, pinzas para el cabello y otras cosas, para impedir que ella saliera de casa. Cuando los invitaron a una ceremonia nupcial, el tío Michele no regresó a casa hasta el último momento y la tía Antonia no pudo ir sola hasta que los familiares lograron localizar a su marido. De vez en cuando conseguían convencerle, otras veces llegaba puntual pero luego, en plena fiesta, desaparecía y tía Antonia, decepcionada y arrepentida, volvía a casa toda abatida. Con el paso del tiempo acumuló amarguras y tristezas, sin poder desahogarse con nadie por estar aislada, y fue presa de atroces dolores de cabeza y de

muelas que la torturaron durante semanas.

Un día una vecina, muy buena y piadosa, llamó al tío Michele y le recriminó todos los malos tratos que hacía sufrir a su mujer: - Deberías darte vergüenza - le gritó - de hacer sufrir así a una mujer... Antonia necesita tome un poco de aire, no hay que segregarla en casa, debe salir, ir a misa, ir con familiares, como hacemos todos los cristianos. Sobre todo necesita salir a caminar, sólo así se le quitará el dolor de cabeza... - la vecina hizo una breve pausa, luego continuó diciendo: - a menos de una hora de aquí, caminando por un camino de mulas, llegamos Tenemos un poco de terreno y una casita muy modesta con una cocina bajo techo y otra habitación un poco húmeda que se puede utilizar como dormitorio en verano. En esta tierra hay avellanos, higos, mandarinos, nísperos, uvas, zizzoles, manzanas, peras, olivos, en fin, todo bien de Dios.

Como sabes, después de la muerte de mi hermano, tengo que cuidar a mi tía y ya no puedo ocuparme del campo, por eso pensé en venderlo. ¿Por qué no lo compras? De esta manera su esposa tendría la oportunidad de respirar buen aire... Al principio el tío Michele dudó pero luego fue a visitarlo y también se convenció de comprarlo. Al poco tiempo se firmó el contrato y la propiedad pasó a ser suya. Así, el doble de Vittorio Emanuele III, cada vez más astuto y traicionero, propuso a la tía Antonia: - aprenderás a recoger higos y a dejarlos secar. Cuando tengas que lavar ropa bajarás al río y conseguirás el agua necesaria para beber y cocinar cavando un hoyo en la arena para purificarla. - Podríamos retirarnos a vivir al campo: trabajaré como carpintero para las familias que viven en las aldeas cercanas de San Basilio, Vallancazza, Badiavecchia y Piano Vigna. Será incómodo en invierno cuando el río se llene de agua, pero superaré este obstáculo. Tú, por otro lado, podrás disfrutar

del campo. Con la mirada baja, tía Antonia, una vez más, hizo lo que le ordenaban: - Cuomu tu voi, eu fazzu. - Como quieras, lo haré, respondió obediente la pobre muchacha.

Capítulo dos - Fuera de este mundo



A principios de la primavera de 1936, la pobre muchacha y su tío Micheri se trasladaron a Castrangia, en el campo, cerca del lecho del arroyo. En las distintas aldeas de Badiavecchia, San Basilio y Vallancazza se corrió la voz de que todavía estaba disponible y la gente lo llamaba para pedir trabajo. En aquella época existía la costumbre, aunque hoy parezca extraña, de que cuando necesitaban una mesa, una ventana, una puerta o un armario, llamaban al carpintero y lo hospedaban en su casa: le improvisaban un banco de trabajo y pusieron a disposición la madera necesaria. El tío Michele trajo las herramientas y permaneció en el lugar hasta que terminaron los trabajos.

Lo llamaron para talar un árbol y lo dejaron secar un par de años. Luego se montó el tronco del árbol en una pared. El carpintero sostenía la sierra desde arriba y un ayudante desde abajo: "Serra serra mastro dascio che dumè fagimmo a cascia" (Sierra o gran maestro mañana hagamos el cofre).

El tronco del árbol estaba colgado en una pared. Con una sierra enorme consiguieron las tablas y con estas construyeron ventanas, camas y armarios. Para realizar este trabajo se levantaba a las cuatro y salía con su mochila y sus agujas.

Cuando llegó a su casa, los clientes le ofrecieron leche fresca con cebolla y un trozo de pan. Al mediodía un plato de pasta y un trozo de queso. Al anochecer dejó de trabajar y le dieron un poco de pan casero como primer depósito antes de pagar la cuenta el domingo en Novara.

Pasaron unos años y el hijo, Turillu, había crecido y había comprendido de primera mano que no pensaba, por nada del mundo, pasar el resto de su vida aislado en el campo. Había aprendido el oficio de su padre pero quería especializarse y ser ebanista. Logró convencer a su padre para que lo enviara a una ciudad donde existiera la posibilidad de aprender ese arte. Se mudó a Catania y después de dos años de aprendizaje se volvió muy bueno, se sentía preparado para hacer ese trabajo y, como tenía diecinueve años, pensó que había llegado el momento de formar su propia familia. Conocía desde hacía años a la hija de un pastor y decidió casarse, pero iba en contra de los deseos de su tío Micheri, que habría querido que su hijo se casara con una mujer de su casta. En aquellos tiempos, increíble, pero era así: para un artesano casarse con la hija de un pastor era una gran fuente de deshonra. De repente estalló un gran conflicto entre padre e hijo que empujó a Turillu a separarse definitivamente de su padre y su madrastra. Con su nueva familia abandonó el país y se trasladó a Como, donde hizo una fortuna gracias a su trabajo.

Los tíos no tuvieron hijos, por lo que, con la marcha de Turillu, quedaron definitivamente solos. Quien más sufrió este aislamiento fue tía Antonia que pasaba los días enteros conversando con los pájaros, moscas y mosquitos que zumbaban a su alrededor. En esa cueva del campo no tuvo oportunidad de hablar con nadie. Sólo con motivo de fiestas importantes como Navidad, Pascua o la fiesta de la Virgen

Asunta a mediados de agosto podía ir a la ciudad a visitar a mi madre. Durante una de estas visitas, después de haberse quejado durante mucho tiempo de su estado, le propuso a su hermana: - Querida Teresa, he observado que tienes mucho que hacer con dos niñas, confíame a Concetta para que estés a salvo. más libre para dedicarte al pequeño. La llevaré al campo donde el aire es mejor y le haré bien - Mi madre al principio no estaba segura pero luego, como siempre, dado su carácter fácilmente condicionable, tras la insistente insistencia de su hermana accedió.

Para mí empezó el calvario. Probablemente era un día caluroso, comenzaba el verano de 1938, yo tenía dos años y mi tía vino a recogerme. En una bolsa de tela metí una blusa, dos calzones y sin darme cuenta de todo salí de mi casa. Era tan pequeña que no podía darme cuenta de que ese día comenzaría mi Via Crucis. Seguimos el camino de mulas hasta que al cabo de media hora o tal vez más llegamos a este lugar solitario con el nombre poco tranquilizador de Castrangia (¡Casandra!) casi como vaticinando desgracia, en fin el nombre ya era todo un plan, aunque No pude darme cuenta en ese momento. Al principio el marido me acogió bien, la tía de vez en cuando me compraba algunos dulces para ganarme el gusto y cuando me acompañaba a Novara para visitar a mi madre siempre me decía insistentemente que no debía volver a casa pero que era mejor crecer con ella que estaba sola y que ella sería mi madre. No pude hacer nada más que obedecer.

Mientras tanto, mi padre regresó de Cerdeña, se quedó sólo una semana, suficiente para dejar embarazada a mi madre, y se volvió a marchar. Era 1939 y al año siguiente nació Antonietta. Todavía recuerdo vagamente que mi tía Antonia me llevó a Novara a ver a mi madre y vi a mi hermana por primera vez.

Quería quedarme en casa para abrazar a la pequeña Antonietta pero mi tía, cada vez más dueña de mi vida, rígida como un soldado, me dijo: - Turnemmu en casa, te haré una bonita causa - (Vamos a casa, te haré una muñeca preciosa).

Cuando llegamos a la choza me puso en los brazos una causitta de peluche con ojos terroríficos pintados de rojo. Me asuste. Fue una época en la que siempre lloraba porque quería volver a Novara con mi abuelo y mi madre, pero no había manera de convencer al tío Antonia: su corazón estaba petrificado y sordo a cada una de mis quejas. En los primeros tres años pasamos mucho tiempo en la casa de campo de Castrangia, donde no había ni un alma viva, y rara vez se veían turistas en las casas dispersas.

Los domingos íbamos al pueblo y visitaba a mi madre, a mis hermanitas y a mi abuelo materno. El abuelo era un buen hombre con bigote. Llevaba consigo una tabaquera que de vez en cuando olisqueaba. En invierno me llevaba bajo su capa a la plaza para comprar dulces y probar el vino en la taberna "Sciancaditta", encima del hospital. Por la tarde regresamos a Castrangia.

Algunas noches el tío iba a ensayar con la banda, donde tocaba el trombón, luego paraba a beber en la taberna y regresaba animado al campo. A 500 metros de Castrangia empezó a llamar "Concettina, 'ntoia...". Mientras tanto, en casa, la tía había preparado la cazuela de barro para calentar el agua sobre el trípode. A mitad de la cocción hizo echar un cazo de agua hirviendo, tal vez para deshacerse del vino. En una sartén de hierro mi tía preparó la cebolla con los tomates para condimentar la pasta. La cebolla estaba poco cocida y me hizo vomitar. "Come, sino te cojo la correa y te doy los cuerpos...".

En aquellos tiempos una mujer de origen veneciano era partera de San Basilio. Cuando el río crecía en invierno, el tío Michele la llevaba al hombro (una ciancalea) para hacer compras en la farmacia de Novara. Se detuvo en casa y me dijo: "Antonia, dale un chal que hace frío". Pobre tía, no sé si entendió que era la amante de Michele.

Ahora tenía cinco años, aislado en el campo, sin hablar con nadie me había convertido en un animal salvaje. Me avergoncé de todos. Cuando fuimos a Novara me escondí porque tenía miedo de la gente. Los vecinos se dieron cuenta de esta transformación y aconsejaron a mis tíos que me enviaran al jardín de infancia. Por suerte los tíos quedaron convencidos. Así que una mañana mi tía envió a mi tío Michele a comprarme una galleta y a ponerla en la cesta de paja blanca que me había regalado mi abuela paterna. Junto a la galleta colocó un huevo fresco. Me acompañó a la guardería situada cerca de la abadía del pueblo. Cuando la monja abrió la puerta para darme la bienvenida, comencé a gritar. Por miedo tiré la canasta al suelo, el huevo se hizo añicos y dejó tierra por todo el suelo. Mi tía me castigó con fuertes azotes y me llevó de regreso a casa. Así que mi primer día de jardín de infantes también se convirtió en el último.

Sucedió, desde que tenía cuatro años, que mi tío decía: - Concettina, ve a Novara y tráeme unos carmieri (tranquilizantes) para el dolor de cabeza. Corrí como un hurón por el camino de mulas, pasé por el barrio del Greco, me detuve a veces en la fuente para saciar mi sed y llegué a la farmacia "du Surcittu". Él, el farmacéutico, quedó asombrado y les dijo a sus amigos que en poco tiempo yo iría y volvería de Novara como un rayo. A los cinco años unos parientes lejanos me llevaron a Barcelona. Allí vi y escuché con gran sorpresa por primera vez... ¡la radio!

También fuimos a una tienda a comprar un trozo de tela color guisante. El dependiente propuso: - Compra también el gorro y la bufanda blanca. Al final se convencieron y el dependiente les regaló dos trozos de satén azul brillante y azul claro. Al día siguiente le llevamos las telas a mi madre quien hizo la ropa en unos días. Los domingos me sentía hija de los marqueses y barones de Novara.

En el invierno de 1941, en plena guerra, mi padre, habiendo terminado su trabajo en Cerdeña, decidió con un amigo buscar fortuna en una ciudad del norte y vivir retomando su antiguo trabajo de zapatero. En el aire flotaba la sensación de que mi madre quería unirse a mi padre y esto me inquietó, tanto que un día me metí debajo de su cama, me desnudé y observé los dos granos de arroz, futuros pezones con costras porque mi tía Nunca me lavó. Me los quitaron violentamente. Recuerdo haber visto sangre porque me había lastimado. Me volví a poner la camisa de lona que hacía falta día y noche, luego el vestido, y nadie se dio cuenta.

Antes de partir, la madre intentó dejar en orden la casa del abuelo, ya que el pobre se quedó solo. Pensó en instalar luz eléctrica, en aquel momento prerrogativa de los señores. Anteriormente, "u lusu" se utilizaba con aceite. Esto molestó al tío Michele: unos días después llamó al electricista y le pidió que instalara también la luz en su casa, así que cuando fui al pueblo también disfruté de un poco de luz en las empinadas escaleras de madera. Cuando tenía que ir al baño (a latrea), básicamente un simple hueco que había en la planta baja detrás de su laboratorio, siempre había ataúdes apilados al lado, que mi tío construía para estar listos en caso de que lo solicitara.

La mañana del 1 de marzo de 1942, vestida de raso azul con mangas celestes, junto con mi tío y mi abuelo Tore, acompañé a

mi madre y a mis hermanitas hasta la oficina de correos de Piazza di San Sebastiano, es decir, sí, hasta el autobús, que les llevaría hasta la estación de tren de Vigliatore. Su hermana Rosa, de 4 años, no quería subir y su tío, para convencerla, le dijo: -si no subes te enfermarás- (te tiraré dos pedos).

Yo, el mayor, influido por mi tía, no me fui y me quedé en Novara. No podía dejar de llorar. Busqué consuelo en los brazos de mi abuelo. Él también se quedó solo y ese día me quedé con él para hacerle compañía. Al cabo de unos veinte días llegó la primera carta de la madre contándole el éxito del viaje. Papá le había encontrado un apartamento acogedor con agua en la casa y una cocina de gas, algo nuevo para ella. Siguiendo con la historia, al día siguiente de llegar llamó a un peluquero a su casa para que le hiciera un corte de pelo a la moda. En el pueblo casi todas las mujeres llevaban el pelo largo con un tupe. En definitiva, mi madre estaba feliz y satisfecha por primera vez en su vida. Al final de la historia me recomendó a su tía. Ciertamente no imaginaba mi sufrimiento en Castrangia.

Al día siguiente de nuestra partida, tía Antonia me llevó de regreso al campo y le dijo a su esposo que me comprara el libro de primer grado para enseñarme a escribir y así poder asistir en octubre a segundo grado en lugar de primero. Pobre de mí: ya no podía jugar, pero tenía que dedicarme a escribir subastas y números. De vez en cuando la maestra pasaba por Castrangia a su regreso de San Basilio donde enseñaba. Se llamaba María, era hija de un capitán que conocía su tía. Le ofreció un vaso de agua. Mientras tanto le mostré el cuaderno y ella me dio una caricia. Sacó un lápiz rojo de su bolso y escribió "bien hecho". Qué alegría, qué felicidad verme alabado, que para mí es extraordinario. Cada día me ponía más melancólica, les rogué que me llevaran con mis tíos y abuelos paternos, pero mi tía dijo

que no era necesario.

Tenía miedo de que les contara cómo me trataban y alimentaban. De hecho, la comida no era suficiente para una niña que tenía que crecer y desarrollarse: por la mañana me daban un trozo de pan duro con queso, al mediodía una ensalada de tomates y dos aceitunas. Por la noche, cuando estaba su marido, tía Antonia cocinaba unas pastas con una salsa improvisada a base de cebolla cruda. Y si no lo comía corría el riesgo de recibir muchas palizas. Para variar, algunas noches cocinaba pasta y frijoles o una especie de polenta tierna y tierna. Sólo en Navidad, Año Nuevo, Carnaval y Semana Santa mataban una gallina o un conejo. En enero mataron un cerdo del que obtuvieron salami picante y manteca de cerdo, pero hubo que consumirlos gota a gota, de lo contrario no serían suficientes para todo el año. De vez en cuando, los domingos, mi tío compraba unos callos sucios que, aún ahora, sólo de pensarlo me dan asco, o unas tripas enrolladas en una rama de perejil, las vieiras, que luego se fríen. Todos eran alimentos baratos porque, según ellos, no había que despilfarrar como nuestros abuelos y me repetían: - Verás, siempre tienen cacerolas llenas de embutidos y bacalao, comen y beben. Debemos alejarnos de esa gente - dijeron -. Mis tíos temían que otros familiares me convencieran de insistir en unirme a mi madre y a mi padre en el continente. Se esforzaban tanto en hacerme odiarlos que a veces, cuando los encontraba, me tapaba los ojos con las manos para no verlos.

Había llegado septiembre y tenía que hacer los exámenes de acceso a segunda clase. Mis tíos me llevaron al pueblo, consultaron al conserje para que me vigilara, a la maestra que tendría en segundo grado y a la maestra de la junta examinadora. Todos trajeron huevos como regalo para asegurar

mi ascenso. Nunca había tenido contacto con esas personas, el aula tenía varios pupitres de madera de dos plazas con tinteros. Conmigo había otras chicas que hacían exámenes de recuperación. Me hicieron resolver problemas de suma y resta en el pizarrón. Tanto los tinteros como la pizarra eran completamente nuevos para mí. Estaba temblando como una hoja de miedo y vergüenza, no sabía cómo resolver las operaciones, porque tía Antonia sólo me había enseñado a escribir los números del uno al diez. Luego me pidieron que escribiera una frase, un pequeño pensamiento en el cuaderno, pero no sabía por dónde empezar. Una vez que esos líos terminaron, el conserje me llevó a casa. La tía le preguntó cómo había ido el examen y el conserje respondió que no había ido muy bien, pero que el juicio final era de los profesores.

Sorprendentemente, el resultado fue positivo y me admitieron en la segunda clase: estaba listo para ir a la escuela, pero surgió el problema del delantal. El tío Michele había ido a la tienda el día anterior y había comprado un resto de tela negra. La tía Antonia me hizo el uniforme en un día. Se necesitaba más dinero para comprar la carpeta. Mis tíos tenían dinero pero estaban obsesionados con el ahorro así que él, el avaro, hizo lo mejor que pudo y me hizo una carpeta de madera contrachapada con un clip para ventana. Ni siquiera me compraron un bolígrafo. Mi tío construyó uno con un trozo delgado de madera con una punta en el extremo. No pudieron reponer los dos cuadernos y el lápiz y tuvieron que comprarlos. El 1 de octubre de 1942 mi tía me acompañó al colegio. Primero fue al podestà a pedir un certificado de nacimiento que el colegio exigió porque yo no estaba en clase. La maestra fue muy amable y me recibió calurosamente, pero yo le tenía miedo, tal vez porque en lugar de su brazo derecho tenía una prótesis de goma debido a un

accidente que ocurrió cuando era niña en la fábrica de pasta de su padre. Me asignaron un asiento en las primeras filas. Mis nuevos compañeros, que no me habían visto el año anterior, intrigados por mi presencia, murmuraron entre ellos: - ¿Por qué esto produce sicca-sicca? - (¿Quién es esta niñita flaquita?). Me sentí muy intimidada y avergonzada, no podía abrir la boca y ni siquiera respondía las preguntas que la maestra me hacía con mucho cariño.

Yo era un niño salvaje y no tenía el coraje de pedir salir a orinar, y una vez me oriné yo mismo. Entonces, cuando llegué a casa, mi tía me golpeó porque tenía que lavar mi vestido, que de todos modos no se secaría a tiempo para el día siguiente. Pasaron los días y cada vez pasaba lo mismo. La profesora, que se enteró a mitad del día, me mandaba al baño, pero a veces se olvidaba y yo me encargaba de ello. Mis compañeros de clase me ignoraron y me evitaron como si estuviera plagado de plaga y ni siquiera intentaron hacerme amigo.

Se conocían porque se conocieron en el pueblo, mientras que yo tuve que caminar casi una hora para llegar a la casa en el campo y por lo tanto no tuve oportunidad de entablar amistad con ellos. Los tíos sólo venían a la ciudad los domingos para encontrarse con amigos y pasar unas horas felices con ellos delante de una botella de vino. Pero la mayor parte del tiempo la tía se quedaba en casa para recibir órdenes de trabajo para su marido. A los seis años caminaba por el largo camino de mulas cuesta arriba. A mitad del camino me detuve para recoger un ramo de violetas rodeadas de hojas para ofrecérselas a la maestra.

Llegué a la escuela exhausto. Pasado el mediodía regresé al campo acompañado por el ensordecedor canto de las cigarras y un sol abrasador, sin encontrar jamás a un alma viviente.

Me encerré en ese tugurio y me quedé solo para fantasear conmigo mismo en ese ambiente poco sereno con mi tía volviéndose cada vez más estricta conmigo. El tío, una vez terminaba el trabajo, casi siempre pasaba por la taberna y regresaba a casa entrada la noche, siempre borracho. A veces, más borracho que de costumbre, se perdía y no regresaba a casa. Su tía y algunos vecinos fueron a buscarlo en plena noche por el arroyo a la luz de los faroles. Cuando lo encontraron desplomado en el suelo lo convencieron de que se fuera a casa.

Mientras tanto, no podía hacer nada bueno en la escuela. Al final del primer trimestre el profesor repartió las boletas de calificaciones, luego con la insignia fascista y lamentablemente con todas las materias insuficientes: mi boleta de calificaciones era la más pobre de la clase. Para animar a mi tía le dije que las otras boletas de calificaciones eran como las mías también y mi tía casi muerde el anzuelo. Así que día tras día gané coraje por mi cuenta y en clase intenté hacerme amigo de algunos compañeros. Quise acercarme a ellos, pero me excluyeron de sus conversaciones, tal vez porque a sus ojos yo era una pobre campesina.

Capítulo tres - Juegos en la arena



En los años pasados en soledad en Castrangia, el tiempo nunca pasaba porque lo único que se podía hacer era escuchar el canto de los pájaros durante todo el día y, en verano, el canto ensordecedor de las cigarras, cuando el siroco llegaba del mar. por el camino zigzagueante del arroyo e incendió el valle. Los animales del campo eran mis amigos. Entonces pasé mi tiempo fantaseando. Construí un mundo propio a partir de las figuras que se me aparecieron en el fondo del cielo o entre las ramas de los árboles: animales salvajes que hablaban, caballeros que alineé en el borde de la Roca Headsaver y luego con mi poderes mágicos los hice caer, los vi destruidos por el miedo. Luego transformé la Roca en un dragón que de repente se desprendió de la montaña y, volando alto, sembró el terror por todo el campo. Transformé las nubes, que se convirtieron en hidroaviones y viajé por el cielo pensando en ir más allá del mar lejano, donde me esperaban mi madre y mis hermanas. Cangrejos que salían del agua del arroyo y se hinchaban hasta transformarse en animales gigantes que incluso arrancaban las

plantas a medida que avanzaban en el arroyo.

A veces recordaba la cara desagradable de mi tía Antonia. Ella no me amaba, no me amaba y yo la odiaba: mi madre me había confiado a su hermana pero también me había prometido que un día vendría a buscarme: por eso subía a menudo a los árboles, Escudriñé el horizonte, esperando verla llegar a lomos de un caballo blanco con mi padre. En las aldeas cercanas de San Basilio y Vallancazza todos los hombres se habían ido. Sólo quedaron mujeres, niños y algunos ancianos. Eran pueblos silenciosos a los que la vida apenas tocaba. El tiempo se había detenido y la gente creía que todo cambiaría, que un día, una vez terminada la guerra, la civilización haría su entrada triunfal en ese enjambre de casas dispersas, muertas y tambaleantes. Me hubiera gustado tener amigos, saber que no estaba solo y abandonado, poder ser protegido, saber que podía refugiarme en las casas de tal o cual persona. Ni siquiera tenía derecho a decir que estaba sin familia, que mis padres estaban lejos en la orilla opuesta del mar, más allá de ese azul infinito, que entre ellos y yo había como una montaña alta e intransitable. En cambio, me obligaron a vivir con mi tía, quien me maltrataba. Cuando lo pensé y la vi aparecer, me irritó con esa voz estridente y brutal. Una voz hecha para gritar, gritar, insultar y abusar.

Hasta los animales tenían miedo de su voz. Sólo con su marido bajó la cresta y el volumen de su voz cambió por completo, transformándose en el balido de una oveja. Mi tía pensaba que una niña pequeña no es capaz de entender lo que pasa a su alrededor. No sólo lo entendí todo, sino que, además, no me quedé callado ni pasivo. Fue una batalla constante. Una lucha interminable y agotadora. De vez en cuando pensaba en el futuro: ella era vieja e indefensa, yo era joven y fuerte, pero a pesar de todo no la habría tratado mal, no era parte de mi

naturaleza.

A veces me acercaba al río donde encontraba gente que iba a lavar la ropa, a hacer la colada, o sea lavaban las sábanas y las mantas, primero empapando todo en la ceniza. O cuando, después del período de esquila, venían a lavar la lana de oveja y a secarla al sol para blanquearla y luego usarla para rellenar los colchones de las camas. Fui a recoger los copos que quedaban entre las piedras de la orilla y vestí con ellos a mi muñeca de trapo. Cuando no sabía qué hacer, comencé a levantar las piedras en la orilla del arroyo en busca de los cangrejos, los enganché hábilmente con mis dedos por encima de mi cabeza, para evitar que sus garras me pellizcaran los dedos. Los llevé a casa y por la noche, cuando mi tía encendió el fuego, los asé y me los comí: para mí fue una cena especial. A veces, en lugar de cangrejos, tan pronto como levantaban la piedra, pequeñas ranas asustadas salían disparadas hacia arriba con un salto vertical, haciéndome saltar de miedo. Pensé que eran mis compañeros de juegos y a veces incluso me arrepentía de tener que irme, dejándolos solos en la oscuridad toda la noche. Cuando tuve que volver a casa por la tarde, llamé en voz alta al tío Michele, aprovechando el eco que se creaba en el valle. A veces, en verano, cuando estaba la familia Scardino que residía en una casa más arriba del valle, iba a visitarlos. Jugué con Mimma que era la menor de los hermanos.

Goofy solía construir sillas y mesas para las muñecas. Que lindo fue pasar unas horas en compañía. Por la mañana me llamaron cuando fueron al otro lado del río a buscar leche. Tenían el balde que llenar, "Concettina" estaba contenta de verlo ordeñar. La dueña de las vacas, Micca a Cappellea, se apiadó de mí y me ofreció medio vaso. En casa de mi tía veíamos leche dos veces al año: cuando hacía galletas y en Semana Santa

cuando preparaba palomas con el huevo de aro de colores. Cuando la leche hirvió, la desnaté hasta el último trozo. En la habitación de la casa de campo estaba la cama del tío, si se podía llamar cama, con las tablas puestas sobre dos caballetes de hierro con un colchón de paja, ya que el de crin lo habían dejado en Novara. Tuve que dormir en un colchón de paja, encima sólo con una vieja manta militar, grasienta y deshilachada. Me acosté con una camisa de lona que usaba incluso durante el día sin bragas. No es posible describir el resfriado que sufría todas las noches. Cuando llovía había que colocar contenedores para recoger el agua que penetraba desde el tejado. Si necesitaba orinar por la noche, tenía que salir de casa y hacerlo cerca del escalón. Si no me daba cuenta de por qué estaba soñando y lo hacía en el jergón de paja, por la mañana también recibiría muchas palizas. La tía Antonia también se fue a dormir con la misma camisa que usó durante el día, mientras el tío Michele se acurrucaba como lo había hecho su madre.

La ceremonia del sueño se desarrolló según el ritual habitual: primero yo me fui a la cama, luego le tocó el turno a mi tía y luego mi tío se quitó los pantalones de lona a rayas y la ropa interior. Con la camisa bastante holgada que usaba durante el día se dirigió hacia la cama y apagó la lámpara de aceite colocada sobre una mesa contra la pared. Yo, que era travieso, fingí no mirar y me asomé de todos modos: cuando se agachó para apagar la llama vi su silueta proyectada en la pared, como una sombra china, con el din-don colgando. - ¡Oh, qué lindo es! - dijo, porque todo el vino que había bebido le ponía muy caliente. Junto a su cama había dos gorros, es decir, dos grandes cestos de caña donde guardaban los higos secos. Los cubrieron con trapos sucios y grasientos y sobre estos últimos estaba la ropa

interior limpia del tío. En una caja cerca de mi cama guardaban pan y un pañuelo que me envolvían en la cabeza cuando iba al colegio en invierno, mi ropa interior y la de mi tía. Sólo los usaba los domingos cuando íbamos a misa en Novara. Mis tíos decían que no las usáramos en el campo porque las desgastaríamos inútilmente.

En enero mataron al cerdo. Prepararon unas salchichas y salaron la manteca. Los pies cocidos se conservaban en una olla de barro sumergida en manteca de cerdo. Generalmente se comían en mayo con habas frescas porque tradicionalmente no se podían comer antes. Una vez, era abril, le pregunté a mi tía porque tenía mucha hambre y no sabía qué comer con pan. Mi tía empezó a gritar que me había vuelto loca. Un día, mientras regresaba de la escuela, me encontré con Ofelia con su hermana por el camino de mulas. Habían perdido a su madre y habían regresado con su padre de Francia.

Estaban mucho más pálidos que yo, me apiadé de ellos y les dije: pasen a donde vivo, a esta hora mi tía sale a buscar agua, en el horno hay una olla con comida, llévenla, coman pero no lo hagan. Entonces no le digas nada a nadie.- Me agradecieron y, impulsados por el hambre, siguieron mi consejo sin dudarlo. En mayo, cuando los tíos habían cocido las habas, fueron a buscar las patas de cerdo y en su lugar sólo encontraron la olla con la manteca: pensando naturalmente que era yo, durante muchos días se enfurecieron conmigo para hacerme pagar. Esa vez me sentí muy orgulloso porque por primera vez tuve la grata sensación de haber ganado una gran batalla contra su codicia. Debido a la falta de higiene, las pulgas reinaban tranquilamente por toda la casa. Me picaban el cuello por las noches y mi tía me untaba todas las noches con aceite de oliva para evitar que las pulgas me chuparan la sangre. Por la mañana mi cuello parecía

pintado. Al igual que mi tía, yo también tenía piojos, ya que no me había acostumbrado a lavarme la cabeza. Por otro lado, mi tía solía rizarme el cabello y untarlo con agua y azúcar para mantenerlo peinado.

Mis compañeros, en cambio, siempre estaban limpios. Ni siquiera el más pobre estaba tan sucio como yo. La profesora también contribuyó a la obra de marginación empujándome lejos de todos hasta el último pupitre. Mi cuerpo estaba indescriptiblemente sucio. Me lavaban en el río una vez al año, con motivo de la fiesta de Ferragosto, la más importante del pueblo. Una vez, mientras pensaba en mi madre, tenía unos siete años, caí en las cenizas hirviendo del brasero. Me quemé la mano derecha y mi tía no me llevó al médico, pero me trataba con hierbas todos los días. Tenía dos burbujas parecidas a dos huevos de paloma, grité de dolor pero ella nunca se movió. Parecía como si me estuvieran mordiendo ratones.

Me recuperé milagrosamente después de un par de meses y todavía tengo signos de ello. Un domingo, mientras estaba en el colegio, mientras estaba en el balcón, una niña que bajaba me preguntó si quería ir con ella a la lección de catecismo de la señorita Vincenzina. No sabía qué era porque mi tía me llevaba a misa sólo en los días festivos más importantes, no entendía cuál era el significado de ir a la iglesia. Frente a nuestra casa vivía un sacerdote, el padre Buemi, pero me encontré con él muy pocas veces y lo miré de mala gana. Mi tía me repetía hasta la saciedad: "Si hablas con él, ese cura te cortará la lengua". Sin embargo, pedí y de repente obtuve permiso para recibir lecciones de catecismo. Inmediatamente me sentí a gusto en ese ambiente. La joven me dio un folleto y un periódico. Sentí una alegría inmensa al escuchar hablar de Jesús, un día me dijo que me prepararía para mi Primera Comunión. Lo hablé en casa y

me dijeron que todavía era muy joven. Respondí mintiendo, que todas las chicas del grupo lo habrían hecho. En realidad ya habían sido confirmados, sin embargo la señorita y yo quedamos de acuerdo y fijamos la fecha con el sacerdote de San Nicolás: el día del Corpus Christi.

Surgió el problema del vestido blanco, pero alguien informó a la tía que las monjas lo alquilaban. Llegó el día tan esperado: por la mañana me acompañó al ayuno de la iglesia. Pensó que las otras chicas estaban allí porque nunca había tomado la iniciativa de contactar a la señora del catecismo. Al darse cuenta de que estaba sola, me insultó: "Mentiroso, grosero". Mi maestra también estuvo en misa esa mañana con otras personas. Algunas mujeres presentes la calmaron. Llegó el cura, me tomó de la mano y me llevó a la sacristía para confesarme. Me dijo hermosas palabras que nunca antes había escuchado. Sentí que volaba al cielo y me dije: "No es cierto que los sacerdotes corten la lengua, al contrario, saben comprender el sufrimiento de una niña". Si pudiera lo hubiera abrazado y besado con alegría.

Me hizo decir cinco Avemarías como penitencia y regresé a mi asiento. La tía inmediatamente me preguntó qué le había dicho al cura para haber permanecido allí tanto tiempo, y le dije: - La señorita me enseñó que la confesión es secreta -. - Sí, pero tienes que decírmelo la primera vez - insistió la arpía. De ninguna manera. Hubo misa, Comunión y a la salida me obligaron a besar la mano de mi tío y decirle: "Por favor, bendíceme". Empecé con mi abuelo, siempre la misma frase, luego fui recorriendo a todos los familiares. La tía Gaetana me dio un folleto. Tenía hambre, pero nadie me ofreció comida. Habitualmente, una vez terminada la ceremonia, era costumbre ir al bar a tomar granizado con galletas, pero les venció la manía por ahorrar: al mediodía comimos un plato de pasta y por la tarde

fuimos al fotógrafo porque Los familiares sugirieron enviar una foto de mamá.



Había terminado la segunda clase y aprobé con notas muy bajas. Ese año tuvimos que quedarnos en el campo todo el verano. Yo objeté: -Por lo menos los domingos tengo que ir a misa y visitar a mi abuelo que está solo-. Era un hombre muy bueno y padecía asma. La hija lo descuidó, en parte por negligencia, en parte porque estaba condicionada por su marido, que siempre estaba enojado con los vecinos, los familiares y el suegro.

Llevé la ropa a lavar y se la llevé a mi tía a escondidas de Michelillo, de lo contrario habría problemas. Ni siquiera sentía amor por su padre: un día una de sus medias hermanas vino a Castrangia para decirles que había muerto. "Si no te vas, te daré una patada en el trasero", le dijo.

Cuando había fiesta en el pueblo, a los integrantes de la banda musical se les ofrecía el "pezzo duro", un helado llamado así por

su particular consistencia. El tío Michele, nunca estuvo claro si porque no le gustó o porque se vio impulsado a un inusual gesto de generosidad, al verme pasar me llamó: "Concettina, ven a buscar el helado". Y así aproveché para disfrutar, en esas raras ocasiones, de algo bueno.

Hace un tiempo el doctor Cosentino de Baceno me recordó un detalle que se me había perdido en la memoria. Mientras la banda tocaba por las calles del pueblo, los niños intentaron sumarse al desfile. Pero para justificar su presencia era necesario "conocer" a un miembro. Para demostrarlo tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta. De esta manera seguí a mi tío Michele, mientras Gianni Cosentino, hijo de una maestra de primaria y huérfano de padre, mantenía su mano en el bolsillo del líder de la pandilla.

En plena guerra, empezaron a caer algunas bombas en Novara. Todos huyeron y algunos conocidos se refugiaron en Castrangia con nosotros. Para mí fue una fiesta porque podía estar en compañía. De vez en cuando se oía el silbido de la metralla. También llegó la trágica noticia de que el hijo del dueño de la pastelería de Orlando fue destrozado por una bomba. La madre de Domodossola, embarazada por cuarta vez, se quedó sola con Rosa y Antonietta. A mi padre lo habían llamado a regresar a Sicilia para ser Bersagliere. A los pocos meses de partir se enteró que su madre había dado a luz a una pequeña llamada Emma y que tenía la posibilidad de regresar a casa ya que se esperaba que estuviera exento con cuatro hijos.

Desafortunadamente, cuando llegó a Domodossola se encontró con una amarga sorpresa: Emma había muerto después de 12 días. Dos días después tuvo que regresar al frente. Unos meses más tarde -era el período de incertidumbre e inestabilidad que

siguió al 8 de septiembre- logró escapar del servicio militar y regresó a Novara a esperar el fin de la guerra para reunirse con su madre. Abrió una pequeña zapatería. Todos los días iba a verlo. Tímido pero astuto para mi edad, tuve la intuición de que papá se iba a acostar con una mujer casada pero con un marido militar. Un día entré en la taquilla de la calle cuesta arriba de Piazza Bertolami. La persona de la tienda de al lado estaba charlando con papá. Me abalancé con mis dedos índice y medio apuntando a arrancarle los ojos a mi padre que estaba engañando a mi madre. El vecino logró detenerme, mientras mi papá decía con una sonrisa "Métete en tus propios asuntos". En el 44 nació un niño moreno, rizado como él...

En Badiavecchia su abuelo paterno enfermó de cáncer de estómago. Obtuve permiso de mi tía para ir a verlo. A menudo bajaba de Castrangia y caminaba el tramo a lo largo del río. Lo recuerdo en la cama, tranquilo. La abuela todavía estaba ocupada con la tienda y podía dedicarle poco tiempo. Ella le puso una rama de olivo en la mano para ahuyentar las moscas, pero él empeoró y ya no tenía fuerzas y yo las ahuyenté. El 2 de noviembre de 1944, a la edad de 66 años, voló al Cielo. Papá todavía estaba en Sicilia. Sus tíos también asistieron al funeral.

De vez en cuando recibía algunas cartas de mi madre. En el 45 papá volvió a Domodossola y en el 46 nació mi hermano Giuseppe.

Capítulo cuatro - Petróleo, telarañas y mal de ojo



La guerra asolaba todo el mundo, las comunicaciones eran difíciles y ya no sabíamos de mamá. Por suerte, mi padre había sido llamado a Sicilia en el Cuerpo Bersaglieri y cuando tuvo unos días de libertad vino a visitarme. A causa de la guerra había mucha gente en el campo. Los desplazados solían quedarse quince días, pero luego la ciudad corría peligro de bombardeo y preferían quedarse en el campo todo el año.

De vez en cuando me refugiaba en esa gente. Había una familia con cuatro hijos que siempre estaban de buen humor aunque les faltaba comida. Vi la codicia de mis tíos que tenían tantos higos secos y no se los daban a nadie: tomé un buen puñado y se los llevé a escondidas. Les guardé algunos de los frijoles que me dieron para el desayuno. Incluso pan duro: un trozo que mi tía me ponía en el bolsillo antes de ir al colegio lo compartí con esos niños y a cambio me dieron un papel para escribir, me hicieron jugar en el columpio y uno de ellos construyó juguetes, sillas y camas para muñecas que nos regalaba a mí y a su hermana pequeña, mientras su hermana mayor nos hacía muñecos de trapo.

A veces pasaba que bajaba al río, donde las mujeres de los alrededores iban a lavar su ropa con cenizas, y me quedaba allí mirando maravillado el fuego encendido para calentar el agua en un recipiente sostenido con dos grandes piedras.. Nunca vi a mi tía hacer estas operaciones. Casi nunca se lavaba o iba al río cuando no había nadie para no exponer su ropa grasienta y muy sucia.

Otras veces observaba a las mujeres que extendían sobre las piedras el lino tejido en casa durante dos o tres días. Lo mojaron y lo secaron bajo el sol abrasador hasta que se volvió blanco. Mi tía siempre me llamaba a casa pero yo fingía no escucharla. Durante la guerra, su nuera también había regresado de Turín con una niña. Por respeto a Salvatore, su hijastro, la trataron como a una reina. Durante ese período permanecieron en el pueblo y para la ocasión la tía sacó el jabón perfumado, toallas de lino, secador de platos, mantel y servilletas para dar una buena impresión. En cambio, me trataron como a un sirviente, me enviaron a hacer recados y a buscar agua de la fuente, porque enviar un invitado era una vergüenza.

Llegó la Navidad y, según la costumbre nortea, por la mañana la novia recibió un bonito regalo del Niño Jesús para su hija: un bonito juego de ollas y platos para una muñeca. Estaba feliz por ella, pero al mismo tiempo estaba lleno de ira porque esas cosas nunca me habían pasado a mí. Me estaba volviendo cada vez más débil. Había uvas, pero ¡ay de comerlas! Había que prensarlas para hacer el vino. Sólo se podía comer el que les robaban a los vecinos. Se recogieron avellanas pero para venderlas. Algunas las comí a escondidas, como las ardillas del bosque. Mis tíos sólo compraban leche en Navidad y Semana Santa para hacer galletas y yo la desnatada con una cucharadita mientras hervía. Mi tía rara vez me preparaba huevos fritos.

Muchas veces esperaba que ella me lo fríe: - Guardémoslo para que cuando tengamos un poco y pase la puesta de huevos (era un joven de Messina que recorría el campo recogiendo huevos y haciéndolos pasar por frescos) puede venderlos y obtener el dinero -. Recogió huevos durante dos meses y luego los vendió.

Los habitantes de Messina que compraron los huevos probablemente tenían un polluelo en sus manos. Había que sorber los higos, sólo se podían comer unos pocos, los demás se dejaban secar al sol para venderlos o conservarlos para el invierno. En el mes de octubre se elaboraban preciosas castañas por la tarde. Si sobraban peladas, mi tío las dejaba sobre la mesa del cuartito (no sobre el plato sino sobre el tapete untado con el aceite que goteaba de la lámpara) y por la mañana, al levantarse a las cuatro para ir a trabajar, me despertaba y me pasaba las castañas y me decía: "desayunas". Yo obedecí y me los comí por hambre, pero sabían a aceite e inevitablemente me daban dolor de estómago. El tío alardeaba: - Amo a mi sobrina, incluso le preparo castañas cuando aún es tarde en la noche -. En realidad mi tío tenía odio en sus ojos. A veces eran amarillos, rojo fuego cuando se enojaba: aunque fueran pequeños, esos ojos invadían su rostro. Eran pequeños y profundos como agujeros estrechos de los que brotaba odio. Mientras tanto, triunfaron la disentería y las lombrices. De vez en cuando mi tía me daba una cucharadita de aceite. Esto mantiene alejados a los gusanos, murmuró para convencerse... luego empezó con el "prichentu": - Mazzai un vermu gruossu quennu ìa pagana, ùa u mazzu chi sugnu all Christian. O el lunes oyes, o el martes oyes, o el miércoles oyes, o el jueves oyes, o en Vinardì oyes, o en Sabutu oyes, matteia du jurnu de Pascua u viermu sturdudu a tierra casca.-

(Maté un gusano gordo cuando era pagano y ahora lo mato como

cristiano. El Lunes Santo, el Martes Santo, el Miércoles Santo, el Jueves Santo, el Viernes Santo, el Sábado Santo, la mañana del día de Pascua el gusano aturdido cae al suelo).

No sé cómo sobreviví.

Aquí abrimos un paréntesis.

Pasaron muchos años y tenía dolores de estómago. Fui a hacer radiografías con máquinas del tamaño de una habitación. Me dieron unas papillas blancas para ver si había alguna úlcera. Lamentablemente no se pudo ver nada. El radiólogo dijo que era gastritis y me dio unos paliativos para aliviar el dolor. Llegué al punto en que no podía soportar una cucharada de agua. Yo tenía unos cincuenta años. Paolo, amigo de Armando de Piacenza, me propuso llevarme a un especialista. También acudió al Dr. Mazzeo. El instrumento de gastroscopia no podía entrar más allá de la garganta. "No sé cómo salvar a esta mujer", dijo el médico, "el píloro está cerrado". Todas las personas sometidas a la gastroscopia abandonaron la sala por sus propios pies. Yo en camilla con una vía intravenosa. El médico me recetó una cura fuerte para dos meses. Cuando devolví el instrumento todavía no pasaba. Otra cura aún más fuerte durante tres meses.

Cinco meses después de la primera visita el instrumento empezó a atravesar el píloro. "¡Milagro!" dijo el Dr. Mazzeo. Una vez que me quitaron la trompa me hizo muchas preguntas para entender si era congénito o causado. Me puse a llorar: "Tal vez fue el aceite que Zizi me daba de vez en cuando para las lombrices". El médico se llevó las manos al pelo: "¿Aceite? ¡Y aún estás vivo!". Continuando con el tratamiento, repetí ocasionalmente la gastroscopia.

Gracias al Doctor Mazzeo que me salvó la vida, ahora años

después puedo disfrutar de la comida con sólo un poco de medicamento de contención.

Cuando alguien la llamó desde el balcón, su tía no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Luego le aconsejaron que tomara un vasito de ferroquina en ayunas. Convenció a su marido para que lo comprara y por la mañana también me regaló un vaso.

Además, en aquella casa también reinaba la superstición. Su tío siempre tenía dolor de cabeza por el vino que bebía, pero según él la causa era el mal de ojo de alguien. La mujer tuvo que rechazarlo: cogió un plato con agua, le echó un poco de sal y una gota de aceite y empezó con el prichentu para el dolor de cabeza: - Oglu biridittu, oglu santissimu, ven a esta casa y ahuyenta a esto. morocchiu, oglu biriditto, sal y ahuyenta a esta mamucca... (Aceite bendito, aceite santísimo, entra en esta casa y ahuyenta este mal de ojo, aceite bendito, fortalecete y ahuyenta a este demonio...).

Esta mancha de aceite bendito, al expandirse, ahuyentaba, según su creencia, el mal de ojo. Poco después rociaron agua en las cuatro esquinas de la habitación y su dolor de cabeza desapareció.

Para curar las heridas, se combinaban telarañas con aceite y un pequeño trozo de carne para hacer caldo. ¡Aquella horrible mezcla era, decían, infalible! Por la mañana me dieron un vaso de agua con magnesia. Después de un rato, todo temblando, tuve que salir al frío para liberarme. Cuando me recuperé me enviaron con una mujer que hacía trucos de magia: me midió de la cabeza a los pies con un hilo y mis brazos horizontales con el mismo. Si faltaba una pieza, se evitaba la muerte ese año.

Aunque a su manera los tíos tuvieran fe en Dios, en los santos, en la Virgen. Cada año, el 8 de septiembre, caminaban hasta

Tindari, al santuario dedicado a la Virgen Negra, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Ya desde los cinco años tuve que hacer esa penitencia.

Con motivo de las peregrinaciones al Santuario de Tindari, la víspera la tía hizo los cappini (zapatillas) con trapos. El tío salía puntualmente a cazar y traía a casa uno o dos conejos salvajes para cocinar. Para dar buena impresión, la tía también preparaba berenjenas rellenas. Se miró al espejo y se limpió la cara con un paño. En aquella época estaba de moda la canción "¿Dónde está zazà, mi bella?" y me acostumbré a llamarla "zizi".

Salimos hacia Tíndari sobre las once de la noche para llegar al amanecer. Cansado y agotado por mi fragilidad, pedí muchas veces un poco de agua fresca, pero no la compraron en los puestos como todas las demás personas cansadas: hicieron cola en la única fuente situada cerca de la iglesia de la que manaba agua caliente que no ayudó a calmar el calor. Según la tradición, compraron garbanzos, habas y judías cannellini, luego fueron a misa, rezaron la Madinuzza y al salir se encontraron con sus compañeros del pueblo y con mis familiares paternos. Al mediodía fuimos a comer bajo los olivos de los alrededores. Es una pena que estuviera tan cansada, ese día de hecho siempre había comida apetitosa para dar una buena impresión delante de mis amigos. El almuerzo incluía un conejo de monte asado al horno, que el tío siempre había ido a cazar un par de noches antes, berenjenas y pimientos rellenos, uvas y galletas caseras. Para regresar a casa los amigos tomaron un medio de transporte: el coche o carros tirados por caballos. Yo observé, ya resignado a regresar a pie. Sólo si había un tío podía permitirme montar a caballo, de lo contrario era doloroso.

Capítulo cinco - Los búhos



Siguiendo con el tema de la religión, como mi tío era miembro de una cofradía, tenían la obligación de confesarse y comulgar el Domingo de Ramos en la iglesia de San Giorgio. La ceremonia tuvo lugar a las cinco de la mañana, el sacerdote primero confesó a todos los hombres en una capilla, luego se dirigió al confesionario de las mujeres.

Cuando le llegó el turno a su tía, que vestía un gran chal negro, acercó la prenda a la parrilla para cubrirse lo más posible: parecía como si tuviera que inhalar manzanilla. Él confesó y luego: - Ahora te toca a ti - me dijo. Aunque quise confesarme durante el año, no pude. Mi tía me regañó: "No debes burlarte del Señor, una vez al año es suficiente, de lo contrario no eres digno de tomar la hostia porque puedes pecar hasta con los ojos".

Sobre las nueve Santa Misa, comunión e inmediatamente a casa. Como de costumbre, por razones triviales, su tío empezó a decir malas palabras y ella desarrolló una tos nerviosa. Sucedieron escenas indescriptibles: si ese día por alguna razón alguien necesitaba hacerlo, no podía escupir, de lo contrario se echaba al Señor de la boca. Si por desgracia ocurría, cogía la tapa de la jarra, escupía en ella y volvía a beber el líquido con

agua y azúcar. Durante la Semana Santa, la gente permanecía en la localidad incluso por la noche para asistir a los sermones vespertinos que pronunciaba el monje. El jueves se prepararon las colombes, una masa de galleta de varias formas con huevos duros cocidos con agua y anella, un colorante tóxico. El Viernes Santo, en la mañana de ayuno, visitamos todas las iglesias adornadas con brotes de trigo, luego tragamos tres hojas de nieta (hierba medicinal de intenso aroma) que garantizaba el bienestar para todo el año.

No tenías que trabajar durante el día para no lastimar a Jesús Crucificado, si cosías la aguja te picaba, si veías que había riesgo de lastimarte el cuerpo, etcétera. Ese día, hiciera lo que hiciera, ni siquiera me golpearon, de lo contrario Jesús lloraría. A las once del sábado se celebró la Misa de Paz y Resurrección. Todos los niños trajeron palomas para recibir la bendición del sacerdote y luego comérsela. Nunca me he podido quitar esa satisfacción porque tuve que guardar mi paloma con dos huevos para el viaje escolar que se organizó el martes después de Pascua. Tuve que ofrecerle un huevo a la maestra. El día de Pascua me compraron un corderito de pasta real, el más pequeño para no gastar demasiado. El tío era tan tacaño que se lustraba los zapatos con el hollín de la sartén que se formaba en el fuego. Si mi tía sabía que estaba terminando un trabajo y lo estaban pagando, me aconsejaba: "Pregúntale a tu tío si trajo el dinero".

Ella y yo casi tuvimos que adorarlo como dos pequeños esclavos hasta que él se conmovió y nos dio diez liras a ella y cinco a mí. No pude gastar mi dinero porque estaba destinado a la alcancía. Una vez le dije a mi tía que quería jugar a la lotería. Ella estuvo de acuerdo porque esperaba ganar. Lo mío era mentira. En realidad, también me sentía perjudicada al vestirme

en comparación con mis compañeras de clase: tenían faldas, pero a mi tía no le gustaban y me obligaban a usar vestidos amplios. Todos llevaban calcetines de algodón blancos, marrones o azules hasta la rodilla, yo tuve que conformarme con los calcetines que ella hizo en naranja, color que costaba menos que los demás. Las llevaba por encima de la rodilla sujetas por una banda elástica, pero el mayor problema era que, sin pie, llegaban hasta el tobillo. Sobre él llevaba un par de calcetines cortos con puños. Ya estaba bastante marginada y también tenía que destacar por mi ropa. Con las cinco liras tenía pensado comprarme un par de calcetines más decentes que usaría por la mañana antes de entrar a clase. La tienda estaba cerrada ese día. No podía volver a casa con el dinero porque mi tía lo habría encontrado. Pensé en esconderlos debajo de una piedra junto al camino de mulas. Llovió por la noche y, al ser de papel, se desintegraron por completo, como me di cuenta a la mañana siguiente cuando fui a recuperarlos.

Pasaron quince días y mi tía me preguntó si me había tocado la lotería. Incluso entonces no fui honesto y dije que sí. Ese dinero nunca llegó. El Viernes Santo, durante la procesión en honor a Nuestra Señora de los Dolores, al encontrarse con la maestra le pidió explicaciones. Me moría de vergüenza. Naturalmente ella no estaba al tanto de todo, por lo que recibí dos bofetadas de mi tía ante su mirada severa. Siempre fui a la escuela de buena gana, pero con malos resultados. Nadie me entendía y siempre me ascendían gracias a las recomendaciones, entonces mi madre estaba tranquila que siempre me hacían estudiar. Yo estaba bien solo con el gato, hasta que un día el tío borracho regresó del pueblo con unos callos y el animal tomó un trozo para alimentarse. Tomando un mosquete que le habían dejado los soldados, lo mató en campo abierto. Fue una gran decepción

para mí.

A la hora de trillar fui a recoger los granos de trigo y cebada que quedaban en el corral de los vecinos, los metí en una bolsa y los llevé al molino de la señora Tíndara, junto al río. Luego llevé la harina a Novara a la prima de mi madre que, siendo viuda y con dos niños pequeños, fue por la mañana a recoger leña al bosque y encendió el horno para preparar pan para quienes le llevaban la harina, ganando algo de dinero y un poco de pan para los niños.

En septiembre, cuando los higos estaban maduros, trepaba a las plantas y recogía los sabrosos frutos, colocándolos en cestas de caña colgadas con un gancho de las ramas. Los higos se cortaban y se dejaban secar al sol sobre un toldo. Después de unos días se secaron. Plantadas en grandes cestas, se comían en invierno. En aquellos lindos tiempos, venía doña María, una vecina del campo, a preparar los higos secos. A menudo iba a visitarla. Fue madre de muchos hijos. Uno de ellos, Carmelo, era epiléptico. De vez en cuando ya no aparecía. La madre preocupada fue a buscarlo y yo la acompañé casi divirtiéndome.

Cuando estaba en quinto grado la maestra nos pidió que le informáramos a nuestros padres que nos llevaría al cine a ver la película "El pequeño alpino". Los tíos: "No vais a ver esa basura". El sobrino del sacerdote de enfrente había oído: "Tienes que enviarla, yo tampoco lo he visto". Luego los trasladaron y pude irme.

Había llegado un paquete de mi madre con dulces. Había traído algunos a la escuela. Era una época de hambruna y hasta los dulces escaseaban. La hermana de mi maestra enseñó cuarto grado mientras yo estaba en quinto grado. Pidió dulces para una niña más pobre que yo que estaba enferma y se los dejé todos.

En 1945 mi padre regresó a Domodossola. Lo volví a ver en

abril de 1946 y con él estaba mi madre que esperaba un bebé.

Pasé unos diez días felices con mis padres. A menudo iba a visitar a mis abuelos y a mis tíos, así que comía todo lo que podía y bebía muchos refrescos de mi abuela, que los vendía. Al final mi madre quiso llevarme con ella al norte de Italia, pero mi tía, siempre falsa y egoísta, la convenció de que me dejara con ella. Estaba en quinto grado y siempre luchaba por mi fragilidad. Durante los días de exámenes llegó la noticia del nacimiento de su hermano pequeño. Completamente feliz, pero triste a la vez, lloré de alegría y dolor. Quizás por eso la profesora me ascendió a pesar de que no había abierto la boca durante los exámenes. Ese año establecieron una sección de secundaria en el pueblo y casi todos mis compañeros se habían preparado para los exámenes de ingreso para ingresar. Para mí no había ninguna posibilidad: mis tíos estaban convencidos de que sólo los búhos iban a ese tipo de escuela. De hecho, una vez que terminaron la escuela secundaria tuvieron que ir a Messina para realizar sus maestrías. Mis padres tuvieron que pensar en enviar el dinero para los libros, no hubieran hecho ningún gasto. Seguí llorando porque quería continuar mis estudios. Luego me ofrecieron la oportunidad de matricularme en el curso profesional de dos años, una especie de escuela media muy pobre que dura dos años. Allí iba la gente más pobre, de todas formas acepté. Caminando de ida y vuelta, mañana y tarde asistí al curso. La escuela era mixta: los chicos más alborotadores levantaron la mano contra el director que enseñaba matemáticas, también pusieron la zancadilla a los profesores de italiano y francés. A las niñas se les enseñaban las tareas del hogar y a los hombres conocimientos agrícolas. En realidad, no aprendimos nada en absoluto. Mi beneficio fue bueno siendo tímido y con mucha sed de aprender.

Antes de terminar el año escolar los profesores nos habían preparado para un teatro benéfico. Tuve que aparecer vestido de pilluelo de la calle. Allí estaba la gorra de su tío, faltaban los pantalones cortos. Cuando se lo conté a mi tía, ella exclamó: "Eres un tonto por poner bonos". No me desanimé: fui a Liezza, la esposa del barbero, para pedirle prestados los pantalones de su hijo. Así que la noche de la función me vestí de pilluelo de la calle, en medio de muchos aplausos y la desesperación de mis tíos, que estaban presentes entre el público para la ocasión.

Lamentablemente, incluso esos dos años pasaron y terminé la escuela para siempre pensando que había seguido tan ignorante como y más que antes.

Capítulo seis: Por favor perdóname (La luz de las estrellas)



Tenía doce años cuando mi madre vino a visitarme en agosto con mi padre y mi hermano pequeño a quien vi por primera vez. Ver su carita me hizo feliz y recuerdo ese día como uno de los mejores de mi vida. Mis padres estaban decididos a llevarme con ellos para volver a la escuela, pero mi tía los disuadió por enésima vez: me enviaría a ser costurera con la perspectiva de aprender bien el oficio. Y así sucedió, en contra de mi voluntad. Mis padres se fueron y yo me quedé en Sicilia como un idiota. A partir de entonces no tuve paz y siempre lloré en secreto. Mis tíos decían que mis padres ciertamente no me habrían querido como ellos, que me habían criado como a una hija (una hija seguramente habría pasado por el mismo dolor que yo). Un día mi tía fue a ver a la mejor costurera del pueblo, donde mi madre también había aprendido el oficio, para preguntarle si me contrataría. La modista respondió que ya tenía ocho niñas y no podía aumentar el número. Al día siguiente su tía le trajo unos huevos para convencerla y ella le dijo: - Vuelve dentro de un mes, tal vez uno de los aprendices se vaya a Turín y quede una plaza libre para tu sobrina -. Puntualmente, al mes mi tía me

envió al laboratorio. La joven, que no medía más de un metro y medio, me recibió: "Está bien, te llevo porque me da lástima, imagino que preferirías venir a verme antes que quedarte en el campo". con tu tía." No estaba del todo equivocado al pensar eso. Al día siguiente a las ocho me presenté. "Empieza a barrer el laboratorio", me dijo, "luego lavarás el piso". La historia empezaba a apestarme. Me dediqué a limpiar lo mejor que pude. Yo era pequeño de estatura, tenía doce años, pero aparentaba ocho.

No sabía lavar el piso: en el campo era de piedra y en el pueblo, donde había baldosas, mi tía nunca lo lavaba para no desgastarlas. Intenté hacerlo lo mejor que pude, pero la costurera me llamó idiota porque no me había lavado bien. A las nueve llegaron los trabajadores y empezaron a interesarse por la nueva causa (la niña). Todos me miraron con aire de lástima. Escuché sus discursos y quedé atónito al no saber las cosas esenciales de la vida. De vez en cuando me daban algún trabajo de costurera, cosas que no me gustaban hacer, siempre amargada por no haber podido estudiar. La jornada tuvo un lado positivo: al mediodía, al no tener que volver al campo, comí tranquilamente en casa, extendí una servilleta sobre la mesa, arreglé el vaso, la botella de agua y un plato. En definitiva, para comer un trozo de pan duro y queso disfruté poniendo la mesa como toda la gente corriente. Después del almuerzo fui a ver a una vecina que era nueve años mayor que yo y era costurera. Ella me ayudó a abrir los ojos a mi ingenuidad. Con ella vivía su madre, una hermana con patas de elefante y otra inválida.

A veces me invitaban a tomar un plato de sopa. La costurera me pidió que la ayudara a bordar en punto de cruz ropa de niños. Una vez tuve una crisis de tristeza y dejé el trabajo a medio hacer. En otra ocasión, por despecho, tomé la ceniza del brasero

y la sembré a lo largo de la escalera. Dijeron: "¿Quién está ahí? ¿Cogeré alguna enfermedad?". Al final me entendieron y me perdonaron.

A veces me acercaba a las monjas del orfanato Antoniano para jugar con los huérfanos. Los envidiaba un poco porque vivían sus días en orden. Comían con la mesa siempre bien puesta, luego jugaban y finalmente en horarios determinados se dedicaban a la devoción de Dios mediante la oración. Pensé: - Qué suerte tienen ellos, ya no tienen a sus padres y sin embargo viven bien con las monjas, mientras que yo tengo padres pero me veo obligado a vivir con estos tíos terribles -. Sin que ellos lo supieran, para evitar un aburrido interrogatorio posterior, de vez en cuando iba a visitar a una tía paterna que vivía en el pueblo. Le pedí dinero para enviar una carta a mis padres rogándoles que me llevaran con ellos.

En noviembre de cada año me llevaban a la feria de Sant'Ugo que se hacía en Piano Vigna. En este lugar los abuelos paternos instalaron un cobertizo donde preparaban carnes a la brasa y embutidos que vendían acompañados de una buena copa de vino. Para mí fue una oportunidad de estar junto a mis familiares paternos, degustar una buena carne y tomar un refresco de colores, mirar los puestos de venta de braseros, faroles, cazuelas, cuartos y bumbaelli.

Al día siguiente fuimos nuevamente a Badia Vecchia para la fiesta de Sant'Ugo, una misa, una pequeña procesión y luego nuevamente a la tienda de mis abuelos que me ofrecieron salchichas, pan y refresco, esto servido en una pequeña botella cerrada con una bola. en el interior.

Una vez, antes de Navidad, fuimos a Messina durante 3 días. Dormimos con un familiar. No me gustó nada: les contó a sus tíos que le había robado huevos a un granjero en el mercado,

distrayéndola. Había aprendido en el catecismo que no se debe robar. Por la noche fuimos con mi hija a ver a un señor que hacía estatuas. Para ser generoso, mis tíos me dieron dinero para comprarlos. Sobre la mesa engrasada de Castrangia pude construir un belén. Con ramas de espárragos y unos copos de algodón formé una choza. Por la noche disfruté del ambiente de dos velas creadas con cáscaras de nueces empapadas en aceite y un trozo de hilo junto al Niño Jesús. El tío Michele también apreció la idea y quiso recompensarme: "Ntoia, pela dos tunas", y mi tía fue a buscarlas debajo de la cama, donde las guardaban.

Cuando me detuve a dormir solo en Novara, durante la novena de Navidad fui con mi vecina Antonietta al servicio religioso que se celebró a las cinco de la mañana en la iglesia de la Annunziata. En la parte trasera de la iglesia, el sacristán proporcionaba las sillas pagando una tarifa. Los trajimos de casa. A la vuelta visitamos a Carolina, la lavandera del ingeniero, que ya desde primera hora de la mañana estaba trabajando debajo de las escaleras. A esa hora ya había ido a sacar agua de la fuente de San Francisco con litros grandes, para llenar la tina de madera. Me dijo: "Caùsi, espera aquí, voy a ver si a los señores les sobró anoche galletas para que puedas desayunar". Casi nunca regresaba con las manos vacías. Invité a Antonietta a subir y encendimos el brasero. Cuando Carolina no encontró nada más para comer fui a la cocina a buscar un trozo de pan duro y un vaso de agua de "bumbaello". Paramos hasta las 8 para hacer tapetes, luego nos despedimos: yo fui al taller, Antonietta fue a su casa para ayudar a su madre porque era la única hija de 8 hermanos.

Sólo en Novara me sentí ciudadano. Cuando fui a visitar al abuelo Turi le limpié los cristales y me dio "una srea" (una propina). Fui a comprar esmalte de uñas. También compré el

solvente para quitarlo cuando intuí que me encontraría con mis tíos. Usé talco en polvo como polvo. Ay: un día me lo dejé en la cara y pasé por mis problemas, bofetadas e insultos. "¿De dónde sacaste el dinero para esa basura?". Y yo dije: "¿No ves que es harina?". Mientras tanto, los vecinos se habían mudado a otro barrio. Un día me invitaron a ir al circo. "No tengo dinero..." dije. Me los prestaron. Por la tarde los marineros van al laboratorio para disfrutar del espectáculo: monos en el trapecio, niños en caballitos, elefantes, payasos, cosas nunca antes vistas. Lamentablemente tuve que conseguir 8 liras.

Unos días después, mientras iba a Castrangia, en San Salvatore me encontré con la madre de un compañero de escuela con una bolsa llena de verduras compradas a los agricultores. Me preguntó si podía volver al pueblo (¡debido a la mentalidad de la época le daba vergüenza ir a la plaza con su bolso!). Estuve de acuerdo, pensando en ganar algo de dinero con la propina. Desgraciadamente, habiendo llegado con dificultad a su casa, me recompensó con cuatro cacahuetes. No me desanimé. Gané una lira vendiendo un tapete a una señora de Fantina. Construí Pinochos de cartón con piernas y brazos movidos por una cuerda. Algunos niños los compraron por unos pocos centavos. Otra idea: gafas de sol para niños pobres. Estaba buscando envoltorios de caramelos de colores transparentes delante de las barras. Con papel de azúcar recorté el marco y pude recuperar otros céntimos. Después de dos meses logré devolver las 8 liras.

El abuelo, a pesar de su avanzada edad, el asma y la hernia que padecía desde los cinco años, intentaba distraerse en el campo, ya que su hija casi nunca iba a visitarlo. Estuvo bien durante los dos meses de verano cuando su nuera llegó de Messina: le lavó la ropa y puso patas arriba la casa para limpiarla

de todo lo que se había acumulado durante el año.

Cuando nos encontrábamos me decía: "Tu tía es una desgracia, no puedes hacer sufrir así a un pobre viejo en la inmundicia". Por la tarde fui a informar, pero la tía criticó a su cuñada: - Es ciudadana, puede pensar por sí misma lo que quiera -. Y le respondí: "Tienes razón, he visto la limpieza que haces: incluso lavaste el urinario con ácido y volvió a brillar". En ese momento me dio una bofetada porque de estas cosas no se debe hablar y quedé asqueroso.

Un día mi abuelo me dio algo de dinero y compré un cancionero del que hablaban las niñas del taller. Durante un tiempo logré ocultarlo, pero una noche no tuve tiempo y el tío, al darse cuenta, empezó a maldecir: - Incluso esta basura tan fea, ahora te estás convirtiendo en un matón -. Ante esas palabras se lo arrojé a la cara antes que él. Perdió de vista mi rebelión, me bajó el cinturón del pantalón y empezó a golpearme violentamente. Tenía como trece años y fue la única vez que le dijo a su esposa: - He oído que una señora se va al norte de Italia, acompaña a tu sobrina al pueblo y envíala con ella a sus padres -. En ese momento me sentí feliz, incluso me olvidé del dolor de los golpes que había recibido, entonces fui y me senté en el pasto pensativamente. La oscuridad comenzaba a caer, pensé, mientras las sombras de la noche se infiltraban en las ramas de los árboles y un ligero viento frío soplaba desde el río.

Me recosté en un nogal y me quedé dormido mirando las nubes. Soñé mucho, un enjambre de sueños coloridos. Una ligera brisa acarició mi rostro. Abrí los ojos y extrañamente amé ese lugar que siempre había odiado y me di cuenta por primera vez con asombro que estaba iluminado sólo por la luz de las estrellas. Me dejé llevar por ese estado de abandono, volví a soñar. La felicidad como un fluido misterioso entró gota a gota en

mi pequeño ser. No era una niña dulce. Mis pies estaban arrugados porque habían caminado sobre los afilados guijarros del arroyo, pero todo mi cuerpo, y hasta mi alma, estaban ahora acostumbrados a detestar todo lo que pudiera parecer dulce y tierno. Pero confieso que ese breve sueño de esa noche fue maravilloso y nunca más lo volví a encontrar. Quizás por eso todavía lo recuerdo. De repente una mano se posó en mi hombro, llegó tía Antonia y a su manera, me despertó bruscamente: "Vámonos a casa. Cuando lleguemos besarás la mano de tu tío y le dirás - Por favor, perdóname -". Y así fue.

Esa noche me acosté temblando, no pude dormir esa noche y pasé las horas esperando frenéticamente el día. Si me dormía sin darme cuenta, de repente me sobresaltaba como por una llamada o un sobresalto de conciencia, que me exigía estar despierto y dolorido y no me daba tregua. Pasé el resto del tiempo con los ojos abiertos, escrutando los monstruos que la oscuridad de la noche dibujaba en las paredes y, sin tener fuerzas para hacer nada, lloré y lloré. Pero no fue un llanto triste, fue algo más que no pude percibir. Al día siguiente no fui al laboratorio porque mi cuerpo parecía un mapa, estaba muy magullado. Regresé sólo después de una semana cuando los signos comenzaron a desaparecer.

Capítulo siete - Emilia



El domingo por la tarde fui con unos amigos al orfanato: una monja nos explicó el Evangelio de manera simpática con algunos chistes relevantes. Qué alegría pasar esa hora felizmente. Un día nos dijo que el obispo de Messina llegaría en octubre para las Confirmaciones.

- Levante la mano si quiere este Sacramento para que pueda comunicárselo al arcipreste Monseñor Salvatore Abbadessa.- Sin saber qué hacer, levanté tímidamente la mano. Unos días después se lo dije a zizi. Ella estaba avergonzada: tuvimos que buscar una madrina. Le propuse matrimonio a la hija del cartero, la señorita Rina, una joven profesora. ¿Cómo podemos pedírselo? Al día siguiente fuimos a su casa y ella estuvo de acuerdo. El 9 de octubre de 1948 por la tarde fui con mis amigos a la Iglesia Matriz a confesarme. Al día siguiente fui por la mañana a casa de mi madrina, quien me regaló una pulsera de filigrana tejida con corazoncitos. Empecé a alegrarme. A las 11 fuimos a la iglesia. Llegó el obispo y comenzó a celebrar la Santa Misa. Durante el intervalo nos alineamos en la nave central y uno a uno nos fue confirmando. Una vez terminada la misa, los tíos ni siquiera le ofrecieron un café a su madrina. Simplemente la saludaron llamándola simplemente "comama".

Recuerdo que siendo niño, cuando regresábamos de Castrangia, antes de llegar al pueblo había una capilla dedicada al Salvador. El zizì se detuvo un momento y dijo en voz alta "oh madres, oh madres...". Pensé que era una oración. Cuando crecí comprendí que él llamaba a su difunta madre, ya que el cementerio estaba situado justo encima de la capilla. Nunca había visitado el cementerio porque zizì ni siquiera fue a la fiesta de los Santos. Sabía que en aquella ocasión la gente compraba flores a la señorita Signorino en un lugar llamado "Fussadello" y iba casi en procesión a decorar la tumba de sus seres queridos. Una vez le propuse a Zizì: "¿Por qué no vamos también a visitar la tumba de tu madre?".

Ella respondió que lo lamentaría. - De nada sirve invocar "madres - madres" si no quieres llevarle ni una flor. - Ante estas palabras casi se mueve. Fuimos a Fussadello a comprar crisantemos. El día de Todos los Santos fui a llamar al abuelo Turi para que nos llevara a la tumba de las "madres", para mí abuela Rosa. Mi abuelo había hecho reconstruir esa tumba recientemente porque durante la guerra la única bomba que cayó en el cementerio la había destruido.

Aunque estaba orgulloso de haber ganado otra batalla, mis pensamientos estaban con mis padres día y noche. Intenté distraerme cuando estaba en el laboratorio. Empecé a disfrutar cosiendo: preparaba la guata para las hombreras, soplabla la plancha de carbón. Cuando la plancha estaba caliente las chicas grandes planchaban las piezas para hacer ropa. Para mantenerlo tenso, se colocaron en el dobladillo pesas cosidas entre dos cintas. Fui a comprárselos a mi padrino que vendía material para rifles. Eran perdigones que tuve que aplastar con el martillo. A veces incluso me aplanaba los dedos... Mientras tanto, la señora Orlando impartía cursos de corte remunerados

para las niñas mayores. Estaba sentado lejos pero escuchaba para entender algo de las lecciones. Una vez los tíos dijeron que iríamos a Fantina a visitar a la "commare" y a la "compare", las que dormían con nosotros cuando venían a Novara para hacer recados importantes. Una vez la madrina le preguntó a zizi "¿Cuántos años tienes?" Y zizi: - Mis ojos están oscurecidos, no lo recuerdo - (si no tuviera vista, no lo recuerdo).

Con la propina del abuelo Turi fui a comprar un trozo de tela verde, para probar mi habilidad me hice una falda. Llegó el día de salida hacia Fantina (dos horas a pie). Nos levantamos a las 4. Quería sorprender a Zizi poniéndome mi falda. Era tan estrecho que casi no podía caminar. Cuando vieron mi creación empezaron a decir: - La criamos y ahora que empieza a crecer actúa como un búho. Nos da vergüenza. Y le señalé: "Esto no te lo quito, si quieres es así, sino, ¡vete!". Pero en mi corazón pensé "cómo puedo caminar con una falda tan ajustada...". Llegamos a nuestro destino de todos modos. La comare me preguntó dónde me habían hecho una falda tan bonita. - Sa figi illa - (lo hizo ella misma) respondió zizi. - Entonces cuando tenemos que coser algo acudimos a ella -. Orgullo del búho...

A veces en la ciudad veía cosas que me entristecían. Emilia era sordomuda, tal vez sin hogar. Casi todos los días pasaba por la calle donde yo vivía. Si encontraba a alguien se llevaba la mano a la boca. A veces la gente le ofrecía un trozo de pan, pero hubo quienes sin escrúpulos le dieron cortezas de queso y luego se escondieron para ver la reacción: la pobre niña se sentó en el escalón de una puerta y se golpeó la cabeza contra la pared. Un día, mientras iba a la tienda a comprar hilo, escuché la voz fuerte de Antonio, el ciego. Desde la abadía, situada en lo alto del pueblo, anunció que habían llegado las sardinas. Con unas liras de la propina de mi abuelo que me sobraron, fui a la lonja a

comprar un par de onzas. Al mediodía encendí la estufa con carbón, cocí las sardinas y las coloqué en un papel azucarado. Cuando vi pasar a Emilia se los di. Ella los miró con asombro y sonrió levemente para agradecerme. La vi sentada en la puerta habitual, sin golpearse la cabeza contra la pared, sino llevándose los dedos flacos a la boca. Ese día no comí: tuve que limpiar la estufa de las brasas restantes para que mis tíos no entendieran mis iniciativas.

Ángela pasó por esa calle hacia el mediodía con su hijo Nino, un hombre discapacitado que caminaba pero hablaba con gestos. Fueron con un balde a buscar sopa al orfanato. Un día Nino estaba solo con su balde, cerca de mi casa dos muchachos lo desnudaron y se escaparon. No podía subirse los pantalones. Estaba sin ropa interior. Bajé tímidamente a vestirlo. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo. Ay, si los tíos lo hubieran sabido, habría sido un escándalo.

En una de las muchas cartas enviadas a mis padres había expresado mi deseo de tener un reloj de pulsera. Al enterarme de que la señora Agostina había venido de Domodossola, fui a verla. En cuanto me vio me abrazó y me entregó un paquete enviado por mis padres. Lo abrí y para mi sorpresa encontré un abrigo de piel de cordero marrón con rizos del tamaño de un dedo, un sombrero de fieltro y una caja con un reloj. Estaba temblando de alegría cuando la señora lo colocó en mi muñeca. Me dio un vaso de agua para ayudarme a recuperarme y corrí a casa. Al día siguiente, cuando mis tíos vinieron a Novara, dijeron que si me ponía esa piel pensarían que estaba loco: nadie en la ciudad poseía nada parecido. Lo usé con orgullo de todos modos. Me arremangaba la manga para que todos notaran el pequeño reloj. Le daba cuerda muchas veces, así que al poco tiempo se rompió. Yendo a Castrangia me encontré con unas

personas mayores que me preguntaron la hora. Para no causar una mala impresión, miré el reloj, ahora irremediablemente roto, y dije que se me había olvidado darle cuerda. - Muchas gracias -. Me saludaron y continuaron su viaje.

Comparado con mis amigos yo era pequeño y delgado, todos estaban "desarrollados". En una carta, mi madre le preguntó a Zizi si yo estaba "desarrollada" como mi hermana Rosa. Pero para Zizi hablar de estas cosas era un tabú. Él no sabía que yo sabía todo sobre la vida. Rebelde como siempre, le dije "no soy 'señorita' porque esté desnutrida". Y ella: - ¿Qué estás diciendo? Siempre te hemos apoyado. Una tarde estaba durmiendo en Castrangia y me sentí mal. Estaba sudando frío. Pensando que era el final, oré, lloré y salí a la oscuridad a orinar unas gotas. Y me dijeron: "¡Si te levantas una vez más te pego!". Quizás la Virgen de Tindari me protegió. Volví al colchón de paja y me quedé dormido. Al día siguiente, en el laboratorio de Novara, la señorita Assunta me vio más pálida que de costumbre. Cuando la camarera le trajo café y leche con tostadas como cada mañana, me ofreció un poco también.

Capítulo ocho - El vuelo de las golondrinas



Al pasar mucho tiempo en Novara, la vida parecía haber cambiado: tal vez porque fui a visitar al abuelo Turi y charlé felizmente con él sin interrupción durante tardes enteras. Me contó muchas historias sobre su vida y lo difícil que alguna vez había sido su existencia. Además, viviendo en Novara tuve la oportunidad de presenciar los importantes acontecimientos que sucedieron en la ciudad. Sobre todo me conmovieron las grandes funciones religiosas, las procesiones, los bautismos, las confirmaciones, pero sobre todo las ceremonias nupciales. En aquel entonces las bodas se celebraban por la noche, casi siempre iba a pasear con mis amigos a la iglesia de San Nicola.

Una noche vi salir a una novia con un vestido blanco acompañada de su padre. Blanca como la nieve, parecía una muñeca, ¡era tan hermosa! Fue Carmelina quien se casó con Filippo. Empatizaba completamente y soñaba despierta: "quién sabe, algún día puede que a mí también me pase...".

En esos días tuve sensaciones extrañas, había algo nuevo y extraño en el aire, tuve premoniciones. Estaba inquieto y esperando que sucediera un evento extraordinario. Y efectivamente el acontecimiento no se hizo esperar. Alrededor del mediodía solía pasar el cartero. Un día de junio escucho su voz gritar: "Campo, hay correo". Cogí la carta, venía de... ¡Domodossola! La madre le escribió a su hermana.

Lo abrí bruscamente hasta casi romperlo y lo leí, estaba la noticia que había estado esperando toda mi vida: ¡hacia el 12 de septiembre mi madre vendría a Sicilia a recogerme y llevarme al norte! Ya era una señorita, el futuro me esperaba y tenía que buscar trabajo. Sabiendo la reacción que tendría mi tía, por prudencia escondí la carta en el fondo de un frasco que contenía un mar de basura: si zizì la hubiera leído, pobre de mí... A veces el tío Micherillo, cuando no estaba trabajando en las aldeas, venía a la tienda de Novara. A veces venía con zizì y, alarmado, decía: "Tu madre hace tiempo que no escribe, algo debe haberle pasado...". Yo, en cambio, temía que llegara otra carta con alguna pista. Un día, efectivamente, llegó uno, pero afortunadamente sin ninguna alusión al viaje a Sicilia. El verano se me fue lentamente, no podía esperar a que terminara esa espera frenética. El trabajo me ayudó a no pensar y a pasar el tiempo hasta la llegada de mi madre. Para la fiesta de la Asunción del 15 de agosto todo el pueblo quería lucir su elegancia y en el laboratorio siempre había mucho que hacer, más de lo habitual: muchas señoras querían lucir su nuevo vestido. El 13 de agosto estuvo dedicado a los trabajadores que sabían coser su propia ropa.

Le había pedido a zizì que comprara la tela para estar a la altura de mis amigos. Ella estuvo de acuerdo y elegí una tela beige barata con diseños de nudos azules. La joven del taller me

lo cortó y le pidió a una trabajadora mayor que me ayudara a coserlo. El día de la fiesta tenía un vestido nuevo como todos.

También hubo algunos conocidos que vinieron de Fantina. Una de ellas había visto mi famosa falda ajustada. Trajo un trozo de tela y le preguntó a Zizi: "Tu sobrina tiene que hacerme un vestido, ¿se le da muy bien!". Le tomé medidas. Tenía en mente un modelo que la señorita Assunta había hecho para un cliente. Pedí algo de tiempo para cortarlo y probarlo. "Está bien, la tela es un poco pesada, adecuada para el otoño. Vendré alrededor del 20 de septiembre".

Mientras tanto Carmelina, una chica del laboratorio, invitó a todos sus amigos a su boda, celebrada una tarde de septiembre en la iglesia Matrix. Con el permiso de zizi fui a la ceremonia. Entre los invitados también se encontraba una señora de Domodossola que anunció su inminente partida: "Concettina, tus días están contados en Novara. Tu madre vendrá pronto a recogerte".

Después de los ricos refrigerios regresé feliz a casa. Pasaron los días y llegó la fiesta de Tindari el 8 de septiembre, ese año el larguísimo recorrido que serpenteaba por el río no me pareció para nada tan duro e infinito como la primera vez, sentí que volaba. Cuando regresamos a Castrangia le informé a Zizi que me quedaría unos días con la excusa inventada de que el laboratorio permanecería cerrado hasta el día 12. Esa mañana mi corazón palpitaba. Recogimos unos higos para llevárselos a un vecino y nos dirigimos a Novara. A medio camino vi de lejos a mi madre bajando por el camino de mulas. Corrí hacia ella y la abracé con toda la fuerza que tenía en mis bracitos. Zizi empezó a gritar: "¿Por qué has venido de repente? ¿Crees que podrás llevarte a Concettina?". "Sí - respondió la madre - nos vamos en tres días". "No se puede, hay que prepararle el vestido a una

señora de Fantina". Fue otra excusa para detenerme. Gritó continuamente. Estaba impasible tocando el cielo con un dedo. Lo único que lamentaría sería no poder volver a visitar al abuelo Turi.

La noche del día 14 cenamos. Zizi sólo abrió la boca para insultar a mi madre: "¿Cómo te atreves a quitármela? No tienes corazón, me haces sufrir demasiado, ya no te considero una hermana". Vi a Michelillo con lágrimas por primera vez. Bajo su cáscara áspera y dura como la madera, evidentemente algunas gotas de humanidad habían quedado aprisionadas. Yo, por otro lado, me había vuelto frío como el mármol y no me conmovía en absoluto.

No pegué ojo por la noche, miles de pensamientos se perseguían caóticamente en mi mente y no podía esperar a que llegara la mañana para poder irme. La madre había encargado el taxi a un señor apodado "cauzi i lupi" (pantalones de lobo). Al amanecer nos levantamos, hicimos un último retoque a la maleta de cartón y nos despedimos de nuestros tíos. Al salir, mi tía salió de su habitación llorando, con el pelo suelto, y se arrojó a los pies de mi madre, suplicando: "Ahora me suicidaré y tendrás una muerte en tu conciencia por el resto de tu vida". ¡Vida!, por favor, te lo pido de rodillas - dijo - Sólo soy una mujer pobre, sola y tratada como una fiera por un falso marido, nadie me quiere. Mi hermana, te pido que no la quites de ¡Ten piedad de mí, no tienes derecho a dejarme sola, ella creció entre nosotros como una flor y ahora no hay gratitud!

Con el pelo despeinado y la cara chorreando barro, golpeó el suelo, maldiciendo al universo entero. Mi madre entendió que su hermana se había vuelto peligrosa y estaba perdiendo la cabeza, estaba impaciente. Sin embargo, ella no se movió, no se dejó conmover por la lástima, se hizo sorda a sus delirios, miró a lo

lejos y esperó el final de su drama. Cuando mi tía se dio cuenta de que mi madre era inflexible, corrió a su habitación y nos negó un último adiós. De repente nos fuimos, ella regresó a la calle maldiciendo, al alejarnos la vimos encogerse hasta convertirse en una pequeña bola negra que se confundía con las piedras. Quizás había sido cruel con ella, como sólo pueden serlo los niños, pero recuerdo que al alejarme de su casa protegido de la mano de mi madre, cuando vi que estaba a punto de desaparecer de mi vista todo mi resentimiento de repente se convirtió en cariño. y sentí compasión por ella (después supe que durante unos meses lloró en las calles como si yo estuviera muerto).

En Piazza Bertolami se abrieron las puertas del taxi. Desde la ventana saludé a todos los que vi hasta el final del pueblo. Durante el viaje observé con una punzada en el corazón el panorama y el país que poco a poco se alejaba de mi mirada, permanecemos en silencio por mucho tiempo hasta que vi el mar. ¡Ya estaba lejos de Novara, definitivamente! Pensamientos opuestos luchaban en mi mente y no podía controlarlos, entonces me desperté cuando mi madre me acarició, avisándome que habíamos llegado. Entonces amé intensamente a ese país que por tanto tiempo había detestado por la triste vida que llevaba. En la estación de Vigliatore hubo gran confusión, muchos como nosotros partíamos hacia el norte con sus maletas de cartón y otras bolsas.

Un ligero viento venía del mar y sentí la sal saborear mis labios. Un hermoso sentimiento que sentí por primera vez. Esperamos el tren durante media hora. Para mí fue un aire nuevo. La gente cantaba la popular canción "Profesor, dígame qué fue primero, el huevo o la gallina". Todos regresaban de sus vacaciones en el continente. Una vez que llegamos a Messina vi con asombro los

carruajes que subían al ferry. Era mediados de septiembre y en aquel cielo tan azul sobre el estrecho volaban en círculos miles de golondrinas. Con su huida fueron bordando mi sueño: volver por fin a vivir con mi familia. Intenté ver a Dios en el centro de aquel fondo luminoso y, aunque no lo veía, le di las gracias desde el fondo de mi pequeña alma. Después de innumerables horas nos bajamos en Roma para tomar, tras más horas de espera, el tren hasta Milán, donde había otro cambio de tren hacia Domodossola. Fue un sueño. En ese tren, mi madre saludó a varias personas que conocía. Todos preguntaban de dónde era y quién era la chica que la acompañaba. No sabían que tenía otra hija.

Observé los paisajes: vi con asombro el lago Mayor y las islas, luego las montañas. Pregunté cuánto tiempo faltaba para llegar, sabiendo que el pueblo estaba en un valle rodeado de montañas. Llegamos a Domodossola a última hora de la mañana. El cielo estaba gris, las calles también parecían estar pintadas de oscuro, la gente caminaba con paso decidido mientras miraban al suelo, incluso sus ropas eran oscuras. En la estación nos esperaba papá con mi hermano pequeño al que había visto en Sicilia dos años antes. Besos y abrazos. Mientras regresábamos a casa intenté descubrir el lugar que pronto se convertiría en mi ciudad. Conté las ventanas de las casas pero eran tantas que perdí la cuenta de mis cálculos. Había demasiadas ventanas y demasiadas casas unas encima de otras. Estaban tan altos que mis ojos se perdieron en el cielo.

Me senti mareado. Miles de preguntas burbujeaban en mi cabeza, yendo y viniendo con impaciencia. Durante el viaje no pude pronunciar una sola palabra. Luego en casa tuve otra sorpresa al ver a mis hermanas, a quienes sólo recordaba por fotografías. Otra sorpresa fue la cocina con fregadero, grifo y

cocina de gas (en Novara no había agua en la casa y cocinábamos con leña). Por la noche vino a visitarnos Comare Grazia con su hija Caterina. Incluso los vecinos querían conocerme. La noche siguiente papá me llevó al cine. Una de las tardes más bonitas de mi vida que recordaré para siempre, hasta el último día. Finalmente estuve con mi papá, antes lo amaba como se ama a un padre ausente, ahora lo admiraba y finalmente por primera vez me sentí protegida como si fuera su princesa. En definitiva, sentí que caminaba sobre las nubes, había aterrizado en otro punto del universo.

Capítulo nueve - La puerta al cielo



Antes de salir de Sicilia, mi madre había conseguido encontrarme trabajo en la peletería y al cabo de dos días me acompañó al trabajo. Salimos de casa temprano en la mañana: estaba muy emocionado con esta noticia.

En la entrada me recibió la señorita Tilde que me dedicó una gran sonrisa y me tomó de la mano, una mujer agradable y simpática. Tilde me dijo en milanés "Hola bela tusa (niña), ven, te presento a las chicas que trabajan conmigo: Nella y Teresina. Tienen mucha experiencia, te enseñarán a trabajar. Si hay cualquier problema - añadió - no te avergüences de preguntar". Así que en un abrir y cerrar de ojos me encontré con mi nuevo trabajo.

Ya me sentía mayor y para marcar este cambio en la vida de Bela Tusa, llegó por primera vez su período. No sabía mucho sobre ese tema, pero por las historias que escuchó de sus amigos mayores en Novara, entendió que así era como uno se transformaba en una joven. Comprendió que no necesitaba esa

señal para ser mujer: ya lo era por todo lo que había aprendido, conocido y amado. Ya no era una oruga y había sufrido una metamorfosis en mariposa. Vino de lejos y en pocos minutos pasó de un mundo a otro. Se encontró sola y estaba muy orgullosa de ello.

Mientras tanto, estaba empezando a familiarizarme con el nuevo trabajo. En aquella época se utilizaban cuellos de piel para sujetar los abrigos. Las pieles se humedecieron con una esponja y finalmente se clavaron a una tabla de madera tirando de ellas por todos lados. Me acordé de cuando, en el laboratorio de Sicilia, aplasté los cables para ponerlos en la parte inferior de mi ropa. Aquí también hubo algunos martillazos en los dedos. Si había un poco de sol se secaban en el jardín de la calle, por lo que yo tenía que hacer de centinela de las preciosas pieles de cordero persa, zorro, visón y rata musqué. Mientras los cuidaba me gustaba ver los autos y la gente pasar. Incluso inhalé los gases de escape de los coches y traté de empaparme de ese aroma urbano, tan nuevo y embriagador para la pequeña que creció en el aire puro. La ciudad pasó ante mi mirada y hasta perdí la noción del tiempo. Mi padre me explicó que allí el día se dividía en horas, mientras que cuando vivía en Castrangia sólo conocía la salida y la puesta del sol. A veces mientras cuidaba las pieles venía una señora mayor del piso de arriba a hacerme compañía. Hablaba en estricto piamontés y yo no entendía nada: "¿Qué bonito chiste, da ndua ti vegnat (de dónde vienes)? Cuma ti se ciamat (¿cómo te llamas)?". Yo cambio. "¿Ti mi capisat mia (no entiendes)?". Cuando las pieles estuvieron secas, la señorita Tilde cortó la forma de los cuellos para las costureras que las encargaban.

Poco a poco aprendí a ponerle el relleno de frisellina, el lazo alrededor y luego el forro. Debido a mis capacidades comencé a

recibir dinero de bolsillo semanalmente y pronto comencé a cumplir con las normas de pensión. Me sentí mayor. En el laboratorio había una radio: disfrutaba escuchando las canciones. Los frigoríficos no eran comunes entonces pero la joven poseía una nevera que llenaba con bloques de hielo que le proporcionaba un señor que pasaba con un carrito por las calles del pueblo. Beber agua tan fresca era nuevo para mí. Una estufa de leña barata calentaba la casa. No tenía teléfono pero cuando necesitaba llamar a clientes me mandaba con su tía, dueña de una empresa constructora con varios trabajadores. Entre estas, casualmente, la vi por primera vez... Pero ésta es otra historia que, si tengo tiempo y ganas, os contaré más adelante.

En casa comí bien, por la noche salimos a visitar el centro de la ciudad con sus tejados de piedra y sus tiendas con bonitos escaparates. Los sábados iba con mi madre al mercado, que ocupa buena parte del centro, cuando salía del trabajo sobre el mediodía. Compramos tela para hacerme un abrigo. Estaba a cuadros. Lo inauguré pavoneándome en la misa de medianoche de Navidad. En resumen, una vida feliz.

Llegó el carnaval. Asistimos a la fiesta de Nochevieja en el teatro Galletti con una familia cercana a nosotros. Era un sueño ver los bailes de máscaras entre los juegos de luces fosforescentes.

El sábado siguiente cuando me levanté algo andaba mal. Lloré porque mi madre no me había dado magnesias San Pellegrino. Un primo suyo llegó de Martigny. Almorzó con nosotros. Por la tarde me sentí extraño, parecía que mi felicidad se acababa. Papá acompañó a su prima al tren y luego cenamos.

Esa noche no salimos a caminar. Papá le dijo a mamá: "Voy a visitar a mis amigos al bar". Alrededor de las 22 horas regresó a casa gimiendo y jadeando, con el rostro pálido y petrificado por

una fuerte punzada en el pecho. "Teresa, hazme un poco de manzanilla". Mientras papá jadeaba en la cama, corrí con una tía a llamar a un médico a 50 metros de distancia. Él vino inmediatamente, pero mientras tanto mi padre había dejado de vivir. Más tarde supimos que la aorta había estallado. De todos modos no habría habido nada que hacer, papá cruzó la puerta del cielo y voló al cielo. Era el 17 de febrero de 1951. Toda la noche permanecí con los ojos fijos en el cuerpo indefenso de mi padre. La cabeza me daba vueltas, una mezcla de migraña y mareos que casi me aleja de esa habitación donde todos los objetos se volvían odiosos porque eran testigos de una muerte injusta. Nunca dejé de pensar en mi padre y en el cruel destino que me esperaba en Domodossola, las lágrimas ya no podían salir de mis ojos porque se habían secado de tanto llorar. Ese Dios que había imaginado al partir en la luz deslumbrante sobre el estrecho de Messina, ¿dónde se había escondido? ¿Por qué nos había abandonado? ¿Por qué me había engañado tanto? ¿Por qué ahora que encontré a mi padre me lo quitaron para siempre? ¿Cuál fue el punto de esta tragedia? Ahora que Dios aquí en Domodossola parecía diferente, distante, esquivo, parecía hecho de oscuridad, esquivo e impalpable, amargo, un Dios en el que ya no sabía si volver a confiar o ignorar por el resto de mis días. Durante noches y noches permanecí en silencio, vigilando con los ojos tensos en la oscuridad, casi esperando que con la llegada del día todo volviera a ser como antes. En aquellos días angustiosos, con mi familia al borde del precipicio, comprendí que el cielo no era lugar para niñas pequeñas.

Una de esas noches, en las primeras horas de la mañana me desplomé y después de un sueño atormentado me hundí en un dulce sueño: me encontré en el lago, entonces mi padre se me

apareció con los ojos y el rostro sumergidos en una luz celestial. Ahora su rostro ya no sufría y volvía a ser hermoso. Él me sonrió dulcemente, tomó mi mano, me abrazó y comenzó a hablarme. "Hija mía - dijo - lo que quiero decirte ahora es mi amor, todo el bien que quiero para ti. Las circunstancias han hecho que no nos conozcamos. Lamento no haberte visto crecer..." .

A veces pienso en ese sueño y en mi último viaje, pienso en cuando el Señor me llamará, me gusta imaginar que cuando cruce la puerta del cielo me estará esperando mi papá, vestido como aquella tarde que me llevó al Cine: con él tenemos muchas cosas que contarnos, debemos retomar para siempre esa conversación interrumpida aquella fría noche de febrero. Creo que sería la mejor manera de comenzar mi último viaje.

La madre se quedó desesperada con cuatro hijos y sin pensión porque el padre era un simple zapatero. Todo el frío y todo el dolor del mundo habían caído sobre nuestra pobre familia emigrante.

Lejos de nuestra tierra, lejos de la vida, éramos granos de arena arrastrados por el viento del desierto.

Mi madre se había perdido a sí misma y a toda su alma. Se había convertido en un cascarón vacío. Su cuerpo se contraía como un trozo de madera, nunca dejaba de adelgazar y su mirada perdida, en un rostro pálido e inexpresivo, permanecía fija durante minutos enteros hacia un punto lejano, hacia la tumba de su padre. Se había convertido en un fantasma poseído por la imposibilidad de olvidar. Sentí el momento en que ella caería y se hundiría en una desesperación sin salida. Intenté sacudirla, hablé con ella tratando de animarla. Increíblemente, los papeles se habían invertido por completo: era la hija quien consolaba a su madre, contándole historias para prepararla para la vida sin su marido y ayudarla a olvidar. Yo, la hija mayor, aún

no había cumplido 15 años.

Después de cenar volví a trabajar en la peletería para ganar unos céntimos más. Yo era quien intentaba mantener viva la llama de la esperanza. Pero al final mi madre, no sé cómo, tal vez con la fuerza de la desesperación, entre un llanto y otro tomó el mundo entero sobre sus hombros y poco a poco volvió a ser costurera, cosiendo algunas faldas y batas.

Capítulo diez - La hermosa tusa



En mayo del mismo año mi hermano pequeño enfermó de sarampión y yo también lo contraí, ya que no lo había contraído cuando era niña. Mientras estaba en la cama oí a mi madre abrir la puerta. Alguien había tocado el timbre. Entonces escuché las voces de Zizi y Michelillo. Estaba preocupada: antes nunca me habían llevado a Domodossola a ver a mis padres y ahora habían aparecido. Se quedaron alrededor de una semana y luego se fueron un poco decepcionados porque esperaban que yo regresara con ellos a Sicilia. En noviembre llegó una carta bordeada de negro. La madre se alarmó y le temblaba la mano cuando la abrió. La vi llorar: zizi anunció la muerte del abuelo Turi. Lo encontraron muerto en el campo de Bordonaro el 8 de noviembre. Tenía 87 años. Al año siguiente hubo otra decepción aún mayor, cuando casualmente las investigaciones condujeron a la causa de la muerte por asfixia con un pañuelo en la garganta, encontrada durante la exhumación. El crimen fue

cometido por una mujer junto con su hermano, vecinos del campo, para robar la pensión de 11.000 liras. Posteriormente ella cumplió 24 años de prisión y él 12 años por complicidad.

Seguí estando triste. Con poco dinero no podíamos arreglárnoslas con 5 personas. La señorita Tilde me aconsejó que aceptara un despido falso para poder registrarme en la oficina de empleo. A menudo iba a ver si había trabajo, pero había pocas esperanzas. En abril del 53 me enteré que habían contratado a unas muchachas en una fábrica. No lo necesitaban, sus padres ya tenían trabajo. Entonces fui a la oficina a protestar: necesitaba trabajar más que los demás. En mayo finalmente entré a una fábrica donde se producían bandas elásticas, cordones para zapatos, cintas y tubulares para cables eléctricos. Trabajo duro con turnos semanales 6-13 y 13-21. En los intervalos también iba al peletero para complementar mi salario y aliviar a mi madre.

Llegó agosto. Durante las vacaciones, Comare Grazia tuvo que viajar a Sicilia para visitar a su anciana madre. También decidí irme con mi hija Caterina. Salimos en tren hacia Milán y luego hacia Roma, donde llegamos de noche. Tuvimos que esperar unas horas el tren a Sicilia.



En la estación encontramos a algunos vecinos del pueblo, entre

ellos un actor enano de Novara, Salvatore Furnari, y un soldado cuyo nombre no recuerdo. Mientras la señora Grazia descansaba en un banco, a Caterina y a mí nos invitaron a dar un paseo. Nos llevaron a Piazza Esedra a comer mottarello. Sentí como si estuviera empezando a volver a la vida.

Cuando llegó el tren ya lleno, la señora Grazia se apresuró a subir con dos maletas. El tren no se había detenido del todo y ella cayó de bruces sobre las vías. Caterina, yo y toda la multitud clamamos al Padre Eterno mientras la sacábamos llena de moretones pero milagrosamente viva. Ella se negó a que la llevaran al hospital. Al cabo de una hora el tren partió. Antes del mediodía llegamos a la estación Terme Vigliatore donde cogimos el autobús que nos llevó a Novara Sicilia, invitados de zizì y Micherillo.

Nos recibieron como invitados de honor. Esa noche estábamos los tres en la cama, Caterina y yo no pegamos ojo. La señora Grazia estaba llena de dolor. Esa misma noche hubo una sorpresa: unos jóvenes nos dieron una serenata con la guitarra y el violín, pero el tío Micherillo, molesto, los hizo salir corriendo.

La madre de Caterina pasaba casi todo el tiempo en la cama. Sólo salió dos veces en diez días para visitar a su anciana madre. Por la tarde fui a visitar a mis compañeros y amigos del laboratorio. Un día también vi a un compañero de escuela que vino a abrazarme. Él sostenía una bicicleta de la mano y le pedí que me llevara a dar un paseo. En aquel entonces, Novara nunca había visto a una chica en bicicleta. En cuanto se enteró, Zizì me regañó: "Te has convertido en un búho, nunca hubiera imaginado cosas así".

De vuelta en Domodossola, la señora Grazia luchaba por recuperarse. Después de esa caída, el dolor de la artrosis se hizo cargo. Sólo se animó cuando fue con su familia a alguna

fiesta, donde yo también estaba invitado.

Volví a trabajar en la fábrica y en la peletería, pero necesitaba nuevas experiencias. Un día, mientras visitaba la parroquia de San Gervasio y Protasio, don Giuseppe Benetti se me acercó para hacerme algunas preguntas. Le confié todas mis penas. Me animó y me dijo: "Ven al oratorio el domingo por la tarde. Allí encontrarás a la presidenta de la Acción Católica Signorina Germana, quien te presentará a las chicas y te dará muchos buenos consejos". Inmediatamente me sentí a gusto: con un poco de timidez comencé a hacer amigos. Tenía miedo de no saber hablar pero con la ayuda de Dios superé las primeras dificultades. Leí de buena gana el periódico de la asociación admirando a la fundadora Armida Barelli: gracias a ella mi vida había mejorado. Cuando el turno de fábrica me lo permitió, fui a misa de la mañana a las 7, donde conocí a don Benetti, a quien consideraba mi director espiritual. El domingo me ofrecí a pasar una hora en el puesto de buena prensa que hay delante de la iglesia. Luego me invitaron a unirme al consejo de ACLI. Con todos esos compromisos me sentí importante y realizada.

Mis compañeros de fábrica me consideraban intolerante, pero no me sentí incómodo, de hecho oré por ellos y los llamé cuando hablaban vulgarmente en los probadores antes de comenzar el turno.

Capítulo Once - Cara de Porcelana



Un domingo de verano, el presidente de la Acción Católica Alemana organizó un viaje a la montaña. Con el poco dinero que me quedó pude pagar el coste del viaje. Llegamos en autobús a Goglio, luego en teleférico a Alpe Devero y luego a pie hacia Crampiolo. Contemplé la belleza de las montañas cubiertas de flores: rododendros, ranúnculos, orquídeas silvestres. Arándanos para darse un festín. Cabañas con techos de piedra y ventanas de madera de cuyos alféizares colgaban geranios de vivos colores rojos y rosas. Le pregunté a Germana dónde terminaba el camino. "Cuando estemos cansados pararemos para almorzar." Sobre las 13:00 paramos para beber el agua clara que brota de una roca hacia el valle. Después de comer, orar y cantar emprendemos el viaje de regreso. Temblaba de alegría: nunca había pasado un día tan hermoso. En casa le conté todo a mi madre y la vi sonreír.

De vez en cuando recibía correo de un amigo de Novara Sicilia: me pedía que le consiguiera un trabajo en Domodossola para poder encontrarnos. Estaba muy confundida pero feliz de que alguien estuviera enamorado de mí. También había un chico de Domodossola, pero no me gustaba: por la mañana bebía un trago de grappa y siempre tenía las mejillas rojas.

Las meditaciones matutinas me mostraron el camino hacia el convento, pero al mismo tiempo me gustaban los niños y la idea de formar una familia. Me encomendé a la voluntad de Dios y pasaba las tardes de los domingos en el oratorio planificando los compromisos semanales del Catecismo con mis amigos. Algunos domingos íbamos a los oratorios de los pueblos vecinos. El viaje en autobús me molestó, pero el coraje superó un pequeño sufrimiento.

El 1 de mayo de 1954, la ACLI y el oratorio organizaron un viaje: una peregrinación al Santuario de la Virgen de Oropa por la mañana y un mitin del Honorable Pastore en Biella por la tarde. Fui uno de los primeros en inscribirme junto con una amiga mía y su novio Pierino. Salieron 2 autobuses llenos de jóvenes. Entre ellos un tímido chico rubio que ya había visto en alguna parte. Era él: el trabajador de la empresa constructora a la que acudía a llamar a los clientes de la peletería. Pierino me lo presentó: era su primo. Durante el día nunca dejó de mirarme. Cuando llegué a casa se lo conté a mi madre. La noche siguiente lo vi bajo el pequeño balcón de la habitación situada en el primer piso. "Mamá, mamá, ven a ver: ahí está el chico que conocí en Biella". Y ella con una media sonrisa: "Se nota que te está cortejando". La noche siguiente, saliendo con un vecino, lo encontré frente a mí. Ella preguntó tímidamente si podía venir con nosotros. Un poco inseguro acepté. Rompimos el hielo charlando sobre esto y aquello. Una vez terminado el turno de tarde en la fábrica me acompañó a casa. Una noche lo llevé para presentarle a su madre, quien lo acogió muy bien. En su tiempo libre asistía al oratorio. Luego los niños y las niñas fueron separados, sólo al final de la reunión pudieron encontrarse. También asistimos a las reuniones de ACLI.

Aunque mi madre venía de Sicilia, donde dos niños que se

amaban no podían salir solos, confié en nosotros y comenzamos un viaje pacífico. Giuse me dijo que había conocido a mi papá: para ganar algo de dinero, ya que eran 4 hijos y solo el papá trabajaba, de niño hacía algunos recados para los financieros del cuartel a unos pasos de su casa. A veces le llevaba sus zapatos a mi papá para que los reparara. Escuché con placer.

Me dijo otra cosa: cuando el 16 de septiembre de 1950 pasé por Roma para llegar a Domodossola, nos encontramos virtualmente. Giuseppe, como todavía lo llamo, había llegado en bicicleta para el Año Santo. Un viaje de aventuras: salió de Domodossola junto con un sacerdote del valle que pedaleaba rápidamente con botas de montaña. Era casi imposible seguirlo. Sólo se detuvo cuando vio algún huerto para comprar una ensalada. A mitad del camino, Giuse se quedó solo. En el camino encontró a un vendedor ambulante con una bicicleta vieja cargada de chatarra para vender. Se hicieron compañía hasta Roma.

Llegó agosto. La fábrica cerraba por vacaciones y decidí ir a visitar a mi hermana Rosa que estaba convaleciente en las colinas del lago Mergozzo. Les pedí a las monjas que dirigían la casa que se quedaran unos días. Le acababa de mencionar esta idea a Giuse. En la casa había otras chicas de vacaciones. Entre ellos se encuentra la esteticista sobrina de una monja. La mañana del día 15, fiesta de la Asunción, nos llamó a su habitación después de la Misa para practicar. Nos llenó la cara de diversas cremas, rímel y barras de labios: parecíamos estatuas de cera. Durante el almuerzo la tía monja llamó a su sobrina: no tenía sentido que nos tratara así.

Por la tarde, mirando el lago desde la ventana, vi salir a Giuseppe. No quería que me vieran con esa cara de porcelana. Al verme en la puerta casi no me reconoció. Me disculpé y le

expliqué que había sido un experimento y que las otras chicas también se habían transformado. Por la tarde caminamos por el jardín de la casa. Por la tarde me saludó: "Hasta pronto, en Domodossola, pero con la cara tan limpia y fresca como antes".

Capítulo doce - Violette



Una vez pasadas las dos semanas de vacaciones, volví a trabajar en la fábrica en el turno de las 13 a las 21. Mientras enhebraba canillas en el husillo de las máquinas pensaba en Giuse, pero al mismo tiempo no Tengo muchas ganas de verlo. A las 9 de la noche sonó la sirena y mi corazón empezó a latir aceleradamente. Después de sellar la carpeta, a la salida del portón vi una bicicleta en la penumbra. Era realmente él: vino hacia mí, me miró tímidamente a la cara y me dijo: "Me gustas tan simple". Me hizo sentar en el tubo de la bicicleta y me llevó a casa. Intercambiamos un simple saludo de buenas noches. Esto sucedió casi todos los días. Los domingos por la tarde dimos algunos paseos en bicicleta por los pueblos cercanos. Un día me llevó a su casa para presentarme a mi papá y mi mamá, dos hermanas y un hermano. Poco a poco también me presentó a sus tíos y primos como amigos.

Cuando mi mamá nos vio desde el balcón nos hizo subir a la casa. Si bien ella adoraba a ese chico, yo estaba muy indeciso. El 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, mi onomástica, sonó el timbre. Era el florista, quien me entregó un ramo de claveles rojos. "¡Mamá, Giuse me envió sus mejores

deseos!". Qué decepción cuando abrí la nota: no era él, sino un chico de 14 años que conocí por casualidad. Decía "Te amo" con firma. Quizás pensó que yo tenía su edad.

En Nochebuena, Giuse apareció con un gran jarrón colorido lleno de bombones y una tarjeta de felicitación. Le di las gracias y fuimos juntos a la misa de medianoche. Al regresar a casa me dijo: "Mañana tengo que ir con mi familia a almorzar con mis familiares. Te veré nuevamente en el Boxing Day". El día 26 por la mañana le dije a mi madre "ya no salgo con ese chico, le devuelvo el jarrón, no quiero compromisos". Y ella con mirada severa: "Estás loca, podrías haberlo hecho si no te hubieras comido ya los chocolates".

Los días siguientes, Giuse vino, como de costumbre, a recogerme al trabajo. En el tramo de carretera a pie o en el tubo de la bicicleta casi no le hablaba. El día de Año Nuevo de 1955 fui a misa. Él también estuvo allí y al final me acompañó a casa. En la puerta me dijo: "¿Puedo saber qué tienes pensado para hacerme sufrir así?", y una lágrima se le escapó de los ojos. Esa gota colmó el vaso y le di una sonrisa. Me dio un beso y me dijo: "Esta tarde te recogeré para ir a vísperas al Monte Calvario. Después de vísperas habrá una película en el club ACLI". Acepté y nos despedimos. Lo denuncié en casa y mi madre dijo alegremente: "No volverías a encontrar un buen chico así".

A las 14 horas salimos hacia el Calvario por el camino de mulas con las capillas del Vía Crucis. Una vez llegamos al Santuario cantamos vísperas y después de la bendición nos dirigimos a la discoteca. No recuerdo el título de la película, pero era muy aburrida, así que sugerí que volviéramos a la ciudad al cine Catena, donde logramos disfrutar de una película mejor, llamada "Violette".

En abril, viajando en tren por el valle de Vigizzo y Centovalli,

fuimos con sus padres al festival de carrozas de flores en Locarno. Conocimos al padrino de Giuse, quien me presentó como "novia". Se metió las manos en los bolsillos y sacó 10 francos suizos de su cartera, se los dio a Giuse y le dijo: "Bien hecho, ¿cuándo te casas?". Nos miramos, nunca habíamos hablado de eso.

En los días siguientes empezamos a barajar la idea del matrimonio. Incluso hablamos de ello en casa. Mamá estaba feliz pero al mismo tiempo había pocas posibilidades económicas. Poco a poco fuimos comprando unas cuantas sábanas y algo de ropa interior. No teníamos necesidades particulares. Fuimos a buscar un apartamento pequeño y modesto. Lo encontramos en el antiguo barrio de Motta y por eso fijamos el día de la boda: lunes 19 de septiembre. Fui con mi madre a la tienda de telas de Panzarasa a comprar el encaje para el vestido de novia y se lo llevé a la señora Tilde, la peletera, que siempre me había prometido confeccionarlo con cariño.

En el ayuntamiento mi madre tuvo que firmar las actas de matrimonio porque yo todavía era menor de edad. Los padres de Giuse también estaban felices. En la parroquia Monseñor Pellanda nos dijo hermosas palabras de aliento: "Sed siempre modestos y con mucha fe para afrontar las alegrías y las tristezas que la vida nos reserva. Os dejaré encontrar el corredor rojo a lo largo de la nave".

Tuvimos que preparar la lista de familiares y amigos a quienes se entregarían los favores como de costumbre. Muy pocos invitados. La madre de Giuse dijo "Dos por familia". Poco a poco llegamos a 35 personas. Los testigos han sido elegidos: el tío de Giuse, Carmelo, y para mí, Pierino, el artífice de nuestro encuentro. Una semana antes de la boda, el oratorio masculino dirigido por don Giuseppe Briacca nos preparó una fiesta. El

maestro Furiga pintó un cuadro de saludos en la pizarra y creó un pergamino con la lista de amigos. También había una mesa cubierta de pasteles y bebidas. Nunca había habido una fiesta así en el oratorio. La colegiata de los Santos Gervasio y Protasio estaba siendo renovada y el pavimento estaba lleno de escombros y piedras, pero algunas mujeres dispuestas hicieron todo lo posible para limpiarla en honor de Giuseppe y Concetta.

El 16 de septiembre llegaron Zizi y Micherillo, conmovidos porque Concettina se casaba y él tenía que acompañarla al altar, ocupando el lugar de su padre que ya no estaba.

Mientras tanto, llegaron algunos regalitos: una cafetera, un molinillo de café, vasos de rosolio, juegos de platos y cubiertos de los familiares y amigos que habían recibido el favor, un juego de cocina de Pierino y sus tíos. La Acción Católica de Mujeres nos regaló un cuadro junto a la cama con la Sagrada Familia, el asistente Don Benetti un maravilloso florero verde con adornos plateados.

La noche anterior fue larga. Pensé en mi madre que se quedó con tres hijos pequeños y con pocos recursos. "Tienes poca fe, ¿no te enseñó la escuela de oratoria que siempre está la Providencia en la vida?", me dije. El lunes 19 me levanté a las siete. La señora Tilde llegó con el vestido de encaje. Me vistió y me ajustó el velo que había comprado en Milán. A las 9 de la mañana llegó el taxi para llevarme a la iglesia. Estaba confundido, me encontré con un mar de gente mirándome. Giuseppe ya estaba en el altar esperándome con el ramo de flores de naranja, acompañado de su hermana Rosa porque a mamá Olimpia le habría emocionado demasiado que se casara el primer hijo. Me uní a él acompañado por el tío Micherillo en el corredor rojo.

Comenzó la misa. Monseñor Pellanda también se mostró

emocionado. Recuerdo una homilía alentadora, la bendición de los anillos, la promesa de fidelidad para toda la vida y, al final de la ceremonia, las firmas. Al salir, la madre de Pierino, que en ese momento también se había convertido en mi tía, colocó en mi pecho la insignia de las mujeres de Acción Católica.



Capítulo trece - Nueva vida



Una vez finalizada la celebración en la iglesia, siguió un refrigerio en el bar Grandazzi de via Castellazzo. Entre beso y beso con los invitados tomamos un aperitivo con unas pizzas y bollería. Un saludo y un beso especial para los suegros Olimpia y Armando que habían ido con mamá a buscar la maleta y luego corrieron a la estación para tomar el tren de las 12.15 para su luna de miel.

Mami estaba llorando a mares. Entramos al compartimento. El jefe de estación anunció la salida con el silbido mientras Giuse y yo nos asomamos a la ventana para despedirnos por última vez. Comenzó la aventura de nuestras vidas.

Una vez llegamos a Florencia nos dirigimos hacia el hotel indicado por la señora Tilde, la peletera. En la entrada de lujo nos recibió una música, luego el mayordomo nos llevó a la habitación del tercer piso. Para nosotros todo era nuevo, incluso dormir en una cama doble.

El primer día visitamos la ciudad, el segundo fuimos a Piazzale Michelangelo donde se podía admirar toda Florencia. Hicimos algunas fotografías: la cámara de Giuse podía tomar ocho fotografías en blanco y negro con un rollo de película.

Al tercer día salida hacia Roma. El hotel era más modesto

porque el dinero ahorrado con sacrificios tenía que ser suficiente. Paramos un par de días para visitar las cuatro basílicas que Giuse había visto en el Año Santo y la Fontana de Trevi. También volvimos a la fuente de Esedra, la de la famosa noche del 53 en la que la Signora Grazia cayó bajo el tren.

Llegó el momento de partir hacia Sicilia. Después de un largo viaje el tren llegó a Calabria y finalmente se pudo ver Sicilia desde Villa San Giovanni. Giuse saboreaba esos momentos: el tren siendo cargado en el ferry, la Madonnina en lo alto de la entrada del puerto de Messina.

En la estación nos esperaban el tío Carmelo, hermano de la madre, con su esposa Gaetana y sus hijas Rosetta y Antonietta.

Nos recibieron como a dos príncipes. Estuvimos dos días visitando Messina: el reloj de la catedral que había visto de niña, la Madonna di Montalto y otras plazas muy bonitas.

En aquella casa sólo había un defecto: a la hora de cenar los tíos y primos se disfrazaban y en lugar de sentarse a la mesa decían: "Vamos a dar un paseo por la playa". Giuse y yo salimos resignados y con hambre. Alrededor de las 11 de la noche regresamos a casa y la tía se puso a cocinar. Una noche puso los caracoles con concha en la salsa, pero lo que cuenta es el cariño, no las costumbres.

Al tercer día nos acompañaron hasta el tren con algunas lágrimas. El tío Micherillo estaba en la estación Terme Vigliatore con el taxista para llegar a Novara. En el pueblo nos esperaban Zizi, tía Maricchia y tía Peppina. Realmente parecía que llegaban los príncipes de Domodossola.

Al día siguiente fuimos a Badiavecchia a visitar a mi abuela paterna Concetta y a los tíos, hermanas y hermanos de mi padre. En la plazoleta donde estaba el estanco de mi abuela, se habían reunido muchos habitantes del caserío que me

conocieron de niña y gritaban a los demás: "¡Ha llegado Concettina con su marido!".

Besos, abrazos, caras rojas. Me pareció un sueño. Habían pasado exactamente cinco años desde que salí del país.

Dos días después nos acompañó el taxista "Cauzi i Lupu" hasta Taormina. Al mediodía nos llevó al restaurante, donde nos atendieron con guantes blancos. Giuse y yo nos miramos y dijimos: "¿Tendremos suficiente dinero?". Después de haber visitado Taormina y luego Castelmola bajo un aguacero, hacia la tarde regresamos a Novara, cansados pero satisfechos.

Al día siguiente ya era hora de regresar a Domodossola. Nos esperaban los compromisos de una nueva vida.



Capítulo catorce - Nuestros primeros nidos

Aunque ya había emprendido el viaje a Domodossola en los años 50 y 53, fue como si lo hubiera hecho por primera vez: me encaminaba hacia una nueva vida en pareja.

Una vez terminamos de subir al tren hacia el ferry-boat subimos a la terraza para ver la Madonnina del puerto y Sicilia alejándose lentamente.

Con una lágrima regresamos al carruaje, sentándonos en los bancos de madera. Entonces no había literas.

Cuando llegó la noche empezamos a dormir con el cuello colgando. De vez en cuando nos levantábamos para mirar por la ventana. En las estaciones importantes, el jefe de estación anunciaba en voz alta el nombre de la ciudad. En Nápoles había "guaglioni" vendiendo pizzas en las aceras. Astutamente primero obtuvieron el dinero de los viajeros, luego el tren partió y se quedaron con dinero y pizza.

Poco a poco nos fuimos acercando a Milán. En el tren hacia Domodossola volví a sentir la emoción que había experimentado por primera vez cinco años antes: el lago Maggiore, las montañas de Ossola, los tejados de piedra. Esta vez junto con mi marido Giuse. Alrededor del mediodía llegamos a nuestro destino.

Nos esperaban la madre y el padre de Giuse Armando. Fue una celebración: si hubieran podido hacer sonar las campanas.

Un almuerzo rápido con mamá Olimpia y luego a descansar en nuestra nueva guardería en el barrio de Motta. Al día siguiente reanudé mi trabajo en la fábrica y Giuse regresó a la obra.

Mi pensamiento se dirigió a mi madre por mi falta de apoyo, pero mi director espiritual Don Benetti me animó a orar, asegurándome que mucha gente la amaba. A veces Giuse y yo

íbamos a almorzar a su casa y ella disfrutaba. Mientras tanto, una de mis hermanas había encontrado un trabajo aportando nuevo apoyo a la familia.

Poco después les anunciamos a mamá, mamá Olimpia y papá Armando que en julio se convertirían en abuelos.

Estaba empezando a sentir molestias durante el embarazo pero el trabajo me llamaba. Entonces los trabajadores no estaban protegidos como ahora. Giuse consiguió encontrar un trabajo mejor que en la obra al aire libre: una pequeña fábrica que fabricaba artículos de madera como tapones para barriles, herramientas para desenredar ovillos de lana y también "paungi" (peonzas de madera). Al quinto mes empezamos a visitar las tiendas buscando un cochecito para el futuro recién nacido. El ancho siempre fue mayor que la puerta de entrada y tuvimos que decidir mudarnos de casa.

En aquel entonces no había agencias, ibas y preguntabas por aquí y por allá. La Providencia nos hizo buscar un apartamento en el segundo piso de una casa en via Scapaccino, cerca del taller de peletería.

En poco tiempo organizamos la mudanza. Ya no estábamos en el centro de la ciudad, pero tampoco muy lejos, más cerca de mi lugar de trabajo.

El alquiler mensual era de 8.000 liras, mucho para nuestro magro salario, pero el apartamento era acogedor y luminoso. En el patio también podríamos tener un par de metros cuadrados de terreno donde podría cultivar hierbas aromáticas y flores, mi pasión.

Una vez que recibimos las llaves limpiamos las habitaciones y vestimos las ventanas con hermosas cortinas con cenefas y cortinas de encaje en la cocina. Una vez finalizada la mudanza, la vida continuó con normalidad. Mi barriga se hizo cada vez más

notoria. Un día una compañera me preguntó cuándo estaría en casa por baja por maternidad y me aconsejó que fuera al ginecólogo. Así que concerté la cita en privado. El médico casi me regañó por haber esperado demasiado: "No puedes trabajar después del sexto mes y ya estás en el séptimo mes: corriste un riesgo". Al día siguiente entregué el documento en la oficina y hasta el empleado dijo que era un ingenuo.

Mientras tanto preparé la canastilla tejiendo suéteres, camisas, zapatos y pañales hechos con sábanas viejas que me proporcionaba mi madre.

También fuimos a comprar el cochecito, que había preparado con sábanas bordadas por mí en colores neutros, sin saber si era niño o niña. Finalmente, la tarde del 2 de julio rompí fuente y con las maletas ya hechas nos pusimos en camino a pie hacia el hospital. El ginecólogo que me examinó le dijo a Giuse que podía irse a casa. El parto acababa de comenzar y duró unas 20 horas. Al día siguiente regresó a la maternidad mientras yo todavía esperaba en la sala de partos.

En cierto momento nació un niño y la enfermera fue a avisarle al padre del bebé, quien casi se sintió enfermo de la emoción. Después de una hora pudo abrazar a nuestro primer hijo, llamado Armando como su abuelo. Al cabo de unas horas también fueron informados abuelos, tíos y primos. Parecía que era el primer bebé del mundo.



Capítulo quince - Damos gracias a Dios...

Las enfermeras de la sala de maternidad trajeron a esta criatura de carne y hueso a mi cama unas horas después de nacer. Me lo pusieron en el pecho. Aparte de la muñeca de trapo que zizi me había hecho cuando era niña.

La estancia en el hospital fue entonces de una semana. Antes de regresar a casa fuimos a la iglesia del hospital para la "purificación", una bendición del sacerdote.

En la sala todo estaba listo para volver a casa, pero mi cabeza empezaba a dar vueltas. La matrona me midió la fiebre: 39. Mi muñeca y yo tuvimos que quedarnos otros dos días. Finalmente el jueves 12, casi curados, regresamos a casa. El domingo 15, Armando fue llevado en la nueva silla de ruedas a la pila bautismal con su padre Giuseppe, su amiga Mariuccia como madrina y su padrino Basilio, amigo del oratorio. No tuve la alegría de asistir al evento porque los mayores por superstición nos aconsejaron que nos quedáramos en casa. Me contenté con preparar un pequeño refrigerio.

La vida como trío era diferente pero me fue bastante bien. Tenía mucha leche, el bebé iba creciendo y lo llevaba todas las semanas a la guardería para controles.

Desgraciadamente, al cabo de dos meses volví a trabajar en la fábrica. Entonces no había guarderías. Las abuelas habían acordado cuidarlo durante una semana cada una.

Cuando trabajaba en el turno de las seis, Giuse lo vendaba antes de ir a trabajar y lo llevaba a su destino. En el inconsciente este niño sufría y yo lloraba junto con él.

Lamentablemente no pude dejar el trabajo. Poco a poco, con fe, continuamos el camino como trío: las primeras comidas, los primeros pasos fueron cosas maravillosas. El primer día de

jardín de infancia, Giuse finalmente encontró un trabajo mejor remunerado. Durante un par de años fue conserje en una escuela primaria, luego lo llamaron al municipio para ocupar el cargo de conciliador.

Esto me generó la oportunidad de dejar mi trabajo en la fábrica y dedicarme al niño mientras esperaba darle un hermanito. El 17 de agosto de 1962 estábamos encantados con el nacimiento de nuestro segundo hijo. Luciano era de piel clara y cabello rubio, todo lo contrario de Armando. Un cuento de hadas. El domingo 26 fue bautizado con su padre Giuse, su prima madrina Mariuccia y su padrino Antonio, hermano de Giuse. Esta vez también tuve que quedarme en casa. Una vez terminada mi baja por maternidad dejé mi trabajo para dedicarme a mis dos hermosos hijos.

El 1 de octubre de 1962, Armando comenzó el primer grado con su delantal azul y su mochila al hombro. Se lo confiamos con algunas lágrimas al maestro Leopardi.

En el mismo período, el alcalde de Domodossola convocó a Giuse y le ofreció alojamiento en el segundo piso del edificio de la ciudad, que permaneció vacío cuando el mensajero municipal se jubiló. En unos días organizamos la mudanza. Teníamos todas las comodidades en el centro. Por la noche, una vez cerrada la puerta grande, éramos los gobernantes de la ciudad. Pudimos observar cómodamente las manifestaciones desde el balcón de la alcaldía. Desde nuestras ventanas pudimos contemplar parte del mercado de tradición centenaria.

Mientras tanto Luciano daba sus primeros pasos: se había convertido en la mascota de los empleados del municipio.

Para complementar el salario de Giuse, quise inventar un trabajo. Empecé a vestir ventanas, camas y almohadas para amigos. Se corrió la voz y me convertí en la "dama del telón". En

su tiempo libre, Giuse aprendió a preparar el montaje de las líneas y, gracias a Dios, pudimos disfrutar de una vida más cómoda.

El 1 de octubre de 1968 Luciano también inició el colegio con la maestra Luisa Cerri.

El tiempo pasó rápidamente. En verano nos fuimos de vacaciones por Italia con la tienda de campaña. A veces hasta Sicilia, mi ciudad natal.

En julio del 73 estábamos de camping en Val d'Aosta y comencé a tener los primeros síntomas de embarazo. El 16 de febrero de 1974 llegaron la hermanita Daniela por Armando, que tenía casi dieciocho años, y Luciano, que tenía doce años. Era época de carnaval y la gente que miraba el lazo rosa en la puerta del Ayuntamiento pensaba que era una broma. El párroco nos aconsejó celebrar el Bautismo la noche de Pascua, con nuestra amiga Gianna como madrina y nuestro tío político Benito como padrino.

Más allá de las supersticiones, esta vez yo también participé en el evento de la noche del 13 de abril. Al día siguiente, cien invitados asistieron a la recepción en el oratorio.

Daniela también ha crecido y ya somos mayores. Nuestros tres hijos nos dieron 7 nietos: Stefano, Virginia, Greta, Lorenzo, Rebecca, Letizia y Matteo.

La historia está terminando. El 19 de septiembre de 2015 Giuse y yo celebramos 60 años juntos.

Damos gracias a Dios, a Nuestra Señora y a todos los que nos amaron.



La Mazza Concetta Maglio, nacida en Novara di Sicilia el 18 de abril de 1936.

Índice

1. La casa del padre	7
2. Fuera de este mundo	15
3. Juegos en la arena	26
4. Petróleo, telarañas y mal de ojo	36
5. Los búhos	42
6. Vossia perdóname (La luz de las estrellas)	48
7. Emilia	55
8. El vuelo de las golondrinas	60
9. La puerta del cielo	67
10. La hermosa tusa	73
11. Cara de porcelana	77
12. violetas	81
13. nueva vida	86
14. Nuestros primeros nidos	89
15. Damos gracias a Dios...	92

